

RALPH BARBY

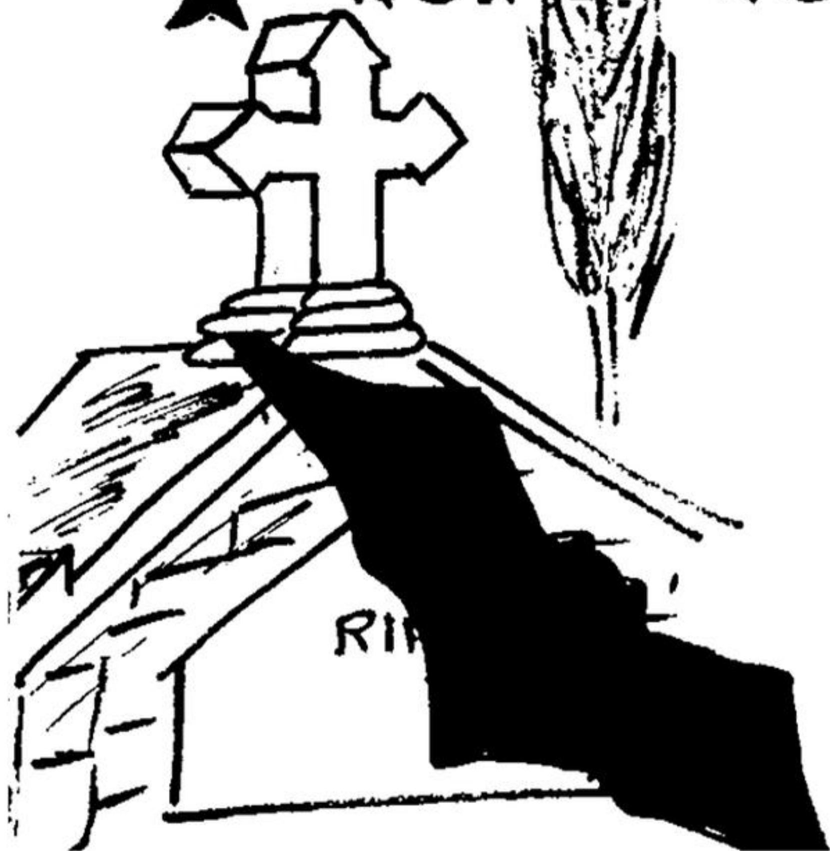
37

LA GAVIOTA CANIBAL

TERROR

escalofríos de

TERROR



Si desea suscribirse a nuestras publicaciones, envíenos sus datos personales escritos muy claramente.

Importe 6 números OESTE: 540 Pts.
Importe 6 números TERROR: 600 Pts.

Pagos anticipados con giro postal a nombre de Ediciones Olimpic S.L., Apartado Correos nº 9428, 08080 Barcelona. (No cobramos gastos de envío dentro del territorio nacional)

Colección que desea recibir: ____________________
Nombre: ____________________
Domicilio: ____________________
Población: ____________________
Provincia: ____________________ D.P. __________

(Si desea recibir números anteriores, hágalo constar).

RALPH BARBY

LA GAVIOTA CANIBAL

colección
Escalofríos TERROR nº 37



EDICIONES OLIMPIC S.L.
Apdº Correos nº 9428
08080 Barcelona

ISBN — 84-7750-093-2
Depósito legal: M-12760-1989

1ª edición Ed. Olimpic: junio 89
1ª edición en América: diciembre 89

Imprime LITOPRINT-GIESA

Distribuye M.I.D.E.S.A.

CAPITULO PRIMERO

Todas las puertas y ventanas del palacete permanecían cerradas y las gruesas y tupidas cortinas, corridas, de forma que mirado desde el exterior se veía tan oscuro que cualquiera podía pensar que se hallaba deshabitado; sin embargo, no era así.

El palacete de la duquesa Carla Giacomonova era un ascua de luces, candelabros y arañas encendidas, cientos de velas que llameaban, velas todas ellas rojas mientras en el gran salón sonaban carcajadas y voces, cuchicheos, interjecciones soeces, casi brutales, que arrancaban más carcajadas.

La mesa dispuesta en forma de U estaba presidida por la duquesa Carla Giacomonova. A su diestra se hallaba sentado el enigmático barón Gorniev, cuyo título muchos dudaban de que fuera auténtico.

Carla Giacomonova, como siempre que celebraba una de sus cenas sabatinas, se comportaba con una alegría desbordante. Estaba como poseída por una euforia nada común.

Hombres y mujeres daban cuenta del copioso banquete donde los caldos fuertes de color y grado corrían de copa en copa. Lo que nadie hacía era preguntar por los manjares; comían lo que se les servía y bebían como si al final de la cena hubiera casi la obligación de estar borrachos.

Hombres y mujeres vestían con elegancia. Para los varones era imprescindible el frac o el *smoking* y para las mujeres, traje de noche. Las joyas, que eran abundantes, brillaban a la luz de las velas mientras criados con libreas negras y moradas servían los manjares, en especial las carnes, aderezadas con las mejores y más sabrosas salsas que se cargaban de especias.

Una cosa había en común entre todos los invitados excepto el barón Gorniev. Todos, absolutamente todos, usaban grandes antifaces como si se hallaran en una fiesta de carnaval, antifaces negros de satén que algunas mujeres llevaban bordados con

lentejuelas de oro.

Aquellos antifaces que ocultaban la mitad del rostro, unidos u grandes tocados y algunas pelucas, incluso en varones, hacía que de se identificaran entre ellos.

Era posible que alguno pudiera reconocer a otro por un anillo o el tono de la voz, pero daba lo mismo. La regla fundamental en aquellas cenas de espaldas a la sociedad a la que todos pertenecían era no reconocerse los unos a los otros ni hablar jamás de aquellas cenas fuera del palacete de la duquesa, apodada la Gaviota.

La propia Carla, una mujer que rondaba la cincuentena aunque estaba muy bien conservada en opinión de todo el mundo, pues se la podía calificar todavía como bella y atractiva, sabía que sus fiestas eran comentadas por lo bajo y que no eran pocos los que deseaban ser invitados a alguna de ellas. Por ello no era raro que recibiera sugerencias, recomendaciones y hasta súplicas de cuantos querían participar en las bacanales que ella organizaba.

El palacete era grande y con muchas habitaciones, dispuestas de tal forma que la fiesta no solía terminar en la mesa y lo mismo hombres que mujeres sabían a qué iban allí.

Se comentaba que la Gaviota contrataba a mujeres jóvenes y hermosas que hacía vestir como a las invitadas, confundiéndolas entre ellas para que los hombres e incluso otras mujeres, pudieran divertirse con ellas. Después de todo, nadie sabía nada de sus vecinos a causa de los antifaces y un financiero lo mismo podía terminar acostado con una aristócrata que con una joven y selecta prostituta.

Había de todo y el secreto de las identidades solo lo conocían la Gaviota y el barón Gorniev, su maestro consejero, un hombre alto y magro que jamás sonreía. Sus ojos rasgados y fríos eran inescrutables, unos ojos que podían hipnotizar y lo habían demostrado en repetidas ocasiones.

El barón Gorniev solía rodearse de un aura de santón del mal y no le faltaban llamadas, especialmente de mujeres. Espiritismo, magia, sadomasoquismo, cualquier cosa parecía dispuesto a dar a sus solicitantes si le pagaban generosamente; pero, junto a la Gaviota, daba la impresión de ser como un gran perro vigilante, negro y maligno, dispuesto a dar dentelladas a cuantos quisieran atacar a su ama que reía y reía mientras elevaba su copa rebosante

de vino rojo como la sangre.

La duquesa Carla Giacomonova se levantó de su silla y tomó con la diestra un juego de campanillas que hizo tintinear con fuerza, reclamando atención. Al fin, se hizo el silencio, cortado a veces por algún brote de hilaridad incontenible, más forzado por la bebida que por algo que resultara hilarante.

—¡Atención, atención, ha llegado el gran momento de esta orgia, porque estáis de acuerdo en que estamos en una orgia, ¿verdad?

—¡Sí! —respondieron todos a coro.

—Pues, silencio, ha llegado el momento de la gran ceremonia de la asimilación de la belleza y la inteligencia. Todos participaremos en el banquete.

Comenzaron a oírse chillidos de murciélagos lejanos pero muy numerosos, como si abandonaran masivamente una gigantesca gruta, volando en busca de su alimento nocturno.

Los chillidos fueron haciéndose más y más próximos, como si por algún lugar estuvieran llegando al gran salón del palacete de la duquesa Carla Giacomonova.

La bandada de millares y millares de murciélagos semejó llegar al salón. Algunas mujeres y también hombres que ocultaban sus rostros tras los antifaces, miraron con temor hacia el techo, buscando a los quirópteros chillando y aleteando sobre sus cabezas, más no vieron nada.

Junto con los chillidos, que se hicieron obsesivas, comenzó a soplar un viento que se transformó en vendaval, llegando a balancear las pesadas lámparas mientras se apagaban las velas. Dos de los comensales no pudieron evitar chillar.

—¡Es el momento! —gritó ahora el barón Gorniev con voz lúgubre.

En medio de los espeluznantes chillidos comenzó a sonar un órgano cuyas notas sobrecogían en medio de la oscuridad mientras el agudo sonido de los murciélagos parecía alejarse y el vendaval cedía.

Unas luces aparecieron por la puerta que daba a la cocina, eran cuatro gruesas velas encendidas y colocadas en los cantos de una larga mesa que avanzaba sobre sus ruedas, empujada por dos de los criados que habían estado sirviendo la cena.

La camilla transportaba un ataúd sin tapa en el que reposaba el cuerpo de una bellísima mujer. Tenía los párpados cerrados y los brazos tendidos a lo largo del cuerpo cubierto con crisantemos que no ocultaban sus atributos propiamente femeninos y que resultaba de una gran hermosura.

—¡Ooooh! —fue la exclamación de sorpresa y admiración general.

Detrás de los dos criados avanzaba un hombre muy extraño, era difícil determinar a qué raza pertenecía.

Llevaba el cráneo totalmente afeitado y untado en aceite. Gruesas arracadas de oro colgaban de sus orejas y lucía anillos en todos los dedos. Vestía una especie de sari hasta los pies y entre sus manos portaba un cuchillo de enormes dimensiones.

El ataúd fue detenido frente a la propia duquesa.

El exótico personaje del sari se acercó y entregó el gran cuchillo al barón Gorniev, quien a su vez lo pasó ceremoniosamente a la duquesa Giacomonova ante la expectación de todos. En aquellos momentos, la única luz era la de los cirios que rodeaban el féretro.

—En nombre de todos los que estamos aquí —comenzó la duquesa con voz trémula, apasionada— tomo el cuerpo de esta muchacha para que podamos llevar a cabo la gran ceremonia de la asimilación. Su belleza, su juventud, será nuestra. ¿Estáis de acuerdo, hermanos?

—¡Siii! —corearon todos.

Carla Giacomonova alzó el cuchillo asido por la empuñadura y descargó un golpe certero en el pecho de la joven del ataúd, una bellísima muchacha de cabellos dorados, labios cereza fuerte, pubis rubio oscuro y mamas subidas de color, como indicativas de una sangre joven y pujante.

Brotó el líquido espeso y rojo a ambos lados de los senos del cuerpo acuchillado.

El órgano que nadie veía siguió tocando una música que penetraba en la sensibilidad de cuantos participaban en la ceremonia de necrofagia que tenía lugar en el palacete de la Gaviota, a pocos kilómetros de una gran ciudad que ignoraba el horror de aquellas bacanales macabras.

* * *

Dentro de un automóvil, el comisario Fournier fumaba nerviosamente. A su lado se hallaba el joven agente Michel Armé.

—¿Cree que llegaremos a tiempo, comisario? —preguntó el joven agente que el comisario Fournier deseaba tener cerca porque además de inteligente era fuerte y ágil, tenía un gran porvenir en el cuerpo de la policía, especialmente por su intuición.

—Tenemos un contacto. Cuando este aparatito suene —miró un pequeño receptor que sostenía en su diestra y que, bruscamente, comenzó a emitir unos pitidos insistentes—. ¡Ahora!

El chófer del coche policial tenía órdenes concretas y se puso en marcha haciendo ulular su sirena. Aquella sirena fue guía para otras más y en escasos segundos el palacete quedó rodeado por policías armados que cubrieron todas las salidas.

El vehículo en el que viajaban el comisario Fournier y su ayudante se detuvo frente a la verja y el comisario pidió:

—¡Pronto, llama al timbre!

Michel Armé saltó del coche y pulsó el timbre. De inmediato comenzaron a oírse ladridos de perros, no eran menos de cuatro y todos negros. Un vigilante armado y de gesto hostil se acercó a la reja.

—¿Qué quieren?

—Policía, traemos orden de registro, abra la puerta.

—Primero tengo que consultar —advirtió el guarda.

—¡Abra la puerta inmediatamente o lo arrestaremos por resistencia a la ley! —advirtió el comisario Fournier, iracundo. Cuando gritaba, se le hacía la voz chillona, desagradablemente aguda.

—Un momento, un momento, los perros se les echarían encima —gruñó el vigilante sujetando los animales a unas cadenas.

Franqueó la verja y uno tras otro, los coches policiales se introdujeron en los jardines del palacete barriendo con sus faros la oscuridad.

Llegaron a la tachada principal de la edificación y una vez allí, saltaron al suelo.

Los policías iban provistos de metralletas y pistolas. Mientras sus hombres tomaban posiciones en torno al palacete, el comisario empujó la puerta que cedió.

—¡Vamos, adentro! —ordenó.

Michel Armé avanzaba a su lado conteniéndose porque su zancada era más rápida que la del veterano policía de quien aprendía cuanto podía para llegar a ser un gran policía como lo era él.

Cruzaron un vestíbulo muy amplío y se encontraron en el gran salón comedor donde se celebraba el macabro banquete.

—¡Policía; que nadie se mueva! —advirtió el comisario en voz alta.

Los agentes tomaron posiciones cubriendo escalinatas y ventanas para que nadie pudiera escapar.

El comisario Fournier, jadeante por el esfuerzo y la emoción, avanzó hacia el ataúd donde yacía la bellísima muchacha entre crisantemos. Su cuerpo estaba manchado de sangre, con el gran cuchillo hundido en el pecho.

Michel Armé quedó impresionado por la belleza de la fémina que yacía en el féretro. No podía dar crédito a cuanto cataba viendo, se lo había contado el comisarlo Fournier y había pensado que exageraba, pero allí estaba todo como el comisario Fournier había venido sospechando.

—Duquesa Giacomonova, hemos llegado tarde, pero no tan tarde como para que usted no pague por este crimen tan repugnante cometido en una orgía ritual y satánica. ¿Es que no se divierten lo suficiente con sus millones que han de recurrir a esto?

—Yo conozco a este hombre, duquesa Giacomonova —observó el barón Gorniev señalando al policía.

—¿Ah, sí, y quién es este imbécil que osa interrumpir nuestro banquete privado?

—Es el comisario Fournier, duquesa, un hombre deformado y obsesionado por su profesión de descubrir crímenes.

Agriando su voz, haciéndola mitad sarcástica mitad amenazadora, la duquesa se enfrentó al veterano policía.

—Comisario, su actuación es deplorable al irrumpir desaforadamente en mi intimidad y le haré pagar caro por ello.

—¿Caro? —Fournier se rio con sarcasmo—. Están todos ustedes detenidos, el juez verá la forma de repartir culpabilidades, aunque yo les sentenciaría a todos a la misma pena. —Y señaló el cuello significativamente.

—Es usted un estúpido, comisario —espetó la duquesa, airada, y

acercó su mano a la empuñadura del cuchillo.

—¡No lo toque!

—¡Idiota, cretino! ¡Vamos, diga a sus hombres que disparen contra mí y luego el que irá a la guillotina será usted!

Cogiendo el cuchillo, lo extrajo y cortó un pecho de la muchacha, un pecho que quedó sobre la ancha hoja de acero.

—¿Tiene hambre, comisario, tiene hambre? ¡Pues coma!

Se lo arrojó a la cara donde el pecho se deshizo. Michel Armé observaba al comisario sin poder creer lo que estaba viendo. El propio Fournier se tocó el rostro y miró con repugnancia lo que le ensuciaba.

—Vamos, comisario Fournier, coma un poco del pastel de postre —le pidió el barón Gorniev.

—¿Pastel? —repitió el comisario, incrédulo. Se llevó un poco de aquella pasta que le ensuciaba a la boca, chupándola.

—Sí, nuestro pastel. ¿Acaso está prohibido tomar pastel de postre?

—Es que, es que… —vaciló, sintiéndose en ridículo.

El barón Gorniev quiso rematar la desairada postura en que se sentía el veterano comisario gruñendo:

—¿Es un crimen darle al pastel una forma hermosa?

La duquesa Giacomonova, visiblemente irritada, alargó su mano de dedos afilados, clavándolos en el rostro que yacía dentro del ataúd. Lo deshizo, dejando patente que era un artístico y a la vez macabro pastel.

Michel se dijo que jamás había visto nada semejante. Sintió como dolor al ver aquel rostro femenino deshecho y pensó que él jamás hubiera comido un pedazo de un pastel tan macabro.

—De todos modos, esta ceremonia es maligna y satánica —protestó el comisario Fournier, sintiéndose en el mayor ridículo de su carrera profesional.

Lentamente, el barón Gorniev silabeó:

—Comisario Fournier, es posible que altos personajes de la administración se muevan para que usted deje de ser un estúpido entrometido. Puede que lo envíen a dirigir el tráfico al pueblecito más pequeño de la nación.

Limpiándose la cara con la mano, el comisario Fournier replicó:

—No lo creo. Si alguien mueve un solo dedo contra mí, sabré

quién está detrás de esos antifaces y yo también sé defenderme. —Se volvió hacia Michel Armé ordenándole—: Vámonos.

Un policía con graduación tocó un silbato y los representantes de la ley abandonaron el palacete. Ningún invitado se había despojado de su antifaz.

Al llegar a la puerta de la edificación, siendo el último en subir al coche, Michel pudo oír unas carcajadas sonoras y sarcásticas que hallaron rápidamente eco en otras gargantas.

Fue una orgía de risas que sonaban a música macabra mientras los coches policiales se alejaban silenciosamente, como perros con el rabo entre piernas. El comisario Fournier gruñó improperios entre dientes, se sentía terriblemente humillado.

CAPÍTULO II

El bar-cafetería Montpellier estaba en aquellos momentos lleno de clientela. Entrechocaban vasos y tazas, olía a café, a cacao, a tabaco. Sus techos, extraordinariamente altos, se hallaban sostenidos por columnas de hierro fundido cuya pintura pretendía imitar un mármol amarillo ocre.

Entre los ruidos de sillas, de la máquina registradora, sobresalía el de un aparatito de radio que un viejo tenía sobre su mesa, sin escucharlo. Ponía ojos extraviados, como si se hallara muy lejos de allí. ¿Quién podía saber dónde estaba su mente, en el pasado, acaso en un próximo futuro o más allá, en un cementerio provinciano al que deseaba ser llevado cuando se le acabaran las pilas, como al transistor, y su cuerpo ya cansado dejara de moverse? Tosió y arregló su bufanda.

Hacía calor, un calor húmedo y pegajoso, ya que la calefacción funcionaba a tope, pero fuera de la cafetería hacía un frío maligno que resultaba difícil de rechazar porque se filtraba entre las telas de los vestidos, de los abrigos. El asfalto y el enlosado de la acera se hallaban mojados y resbaladizos.

Un discreto ventilador enviaba un chorro de aire hacia el centro de la cristalera que daba a la calle para que esta se pudiera ver. El resto de ventanales permanecían empañados por el vaho que se condensaba en ellos al tropezar con la frialdad del cristal.

Michel Armé había abierto su gabardina, bien forrada para combatir el frío invernal.

Había consumido ya dos cafés y sintió deseos de colocar un cigarrillo entre sus labios, pero no lo hizo. Hacía algún tiempo que había dejado el vicio de fumar, no obstante, cuando las esperas se prolongaban, sentía la antigua necesidad de fumar y de no tener una férrea voluntad, habría sido muy fácil ceder y volver a caer en el vicio, ya Que como agente de la Policía Judicial, pasaba mucho

de su tiempo en largas y tensas esperas.

Al fin, se abrieron las dobles puertas que evitaban que el calor húmedo de la cafetería escapara hacia la calle y entró una bella francesa ataviada con gabardina blanca por debajo de la cual asomaban unos blue-jeans. Remataba en los pies con botas de piel negra y por el cuello asomaba un grueso jersey oscuro que se ceñía a la esbelta garganta femenina.

Michel Armé se levantó y la recién llegada clavó sus ojos en el joven agente que destacaba por su elevada estatura. Tenía pocos años, evidentemente, pero su rostro de firme mandíbula ya estaba endurecido y curtido por muchos servicios contra el crimen.

En pie el uno frente al otro, quedaron quietos. Ella abrió su atractiva boca para preguntar:

—¿Eres tú Michel?

—Sí. Anne-Marie.

—¿Me conocías?

—Tu padre está muy orgulloso de ti y me ha mostrado tu fotografía muchas veces. No podría dejar de reconocerte aunque te pusieras gafas oscuras.

Ella sonrió forzadamente, parecía preocupada.

—Papá también me ha hablado mucho de ti, Michel, dice que serás el mejor comisario de la PJ.

—Sólo soy un agente —recordó él.

—Todavía, pero el futuro, según papá, será tuyo, por eso quiere tenerte de ayudante. En varias ocasiones han estado a punto de cambiarte de comisariado y el lo ha impedido.

—Lo sé.

—¿Y eso te molesta?

—Todo lo contrario, al lado de tu padre aprendo mucho, pero ¿por qué no nos sentamos?

Ella aceptó, acomodándose en una silla. Viendo las tazas, dijo:

—Tomaré un café a la italiana.

—¡Garçon, garson! —interpeló al camarero—. Dos cafés a la italiana, por favor.

El camarero, a distancia, asintió con la cabeza mientras retiraba vasos y tazas de una mesa que había quedado vacía. Hacia ella se dirigían dos parejas para ver cuál de las dos llegaba antes.

—Verás, Michel, papá me preocupa y como sé que tú eres algo

así como su hombre de confianza, he pensado que sería bueno hablar contigo, con ese desconocido del que siempre me habla papá y muy bien por cierto.

—Ya nos conocíamos, Anne-Marie —rectificó Michelor— por teléfono hemos hablado muchas veces.

—Es cierto, tu voz ya la conocía. «*Mademoiselle*, ¿está el comisario Fournier?» —imitó ella, recordando las breves comunicaciones telefónicas que ambos habían mantenido, comunicaciones que siempre habían tenido por objeto llamar Armé a su jefe, el comisario Fournier, a la residencia privada de este.

Michel Armé sonrió un poco, también forzadamente. Anne-Marie había estado agradablemente graciosa, pero había captado su inquietud y ello le importaba más.

—Bien, ahora ya nos conocemos. Tenía que ocurrir cualquier día, aunque no parece lógico que sea una desconocida la que pida una cita al hombre, ¿verdad?

—Tú no eres una desconocida, Anne-Marie, y prueba de ello es que nada más vemos hemos dejado los tratamientos al margen, como si los lanzáramos al arcén de una carretera por la que vamos a circular libremente.

El camarero les trajo los dos cafés. Por encima del humo, Michel reparó entonces en la boina color burdeos con que la joven cubría en parte sus cabellos rubio oscuros. Hasta ahora solo había podido ver su rostro, como atraído por los sugestivos ojos dorados.

—No sé si estaré acertada o no, pero…

—Quieres hablarme de tu padre, ¿verdad?

—Sí. Ha perdido mucho en las últimas semanas, está muy demacrado. No tiene apetito, se encierra en su despacho y sé que utiliza somníferos para dormir, lo que no había hecho jamás antes de ahora. Quiero saber qué le ocurre.

—¿Se lo has preguntado a él?

—Sí.

—¿Y?

—Me ha dicho que le deje tranquilo —hizo una pausa para tomar un sorbo de café—. Hay ocasiones en que parece que tiene la mirada perdida.

—¿Ha ido a visitar a un médico?

—Yo sé lo he pedido, pero creo que no me ha hecho caso,

incluso creo que los somníferos los ha sacado de alguna parte sin receta médica. Estoy preocupada por él. Sé muy bien que no debo preguntar por las investigaciones que llevaba a cabo mi padre en la PJ, pero…

—Te comprendo, yo también lo veo muy taciturno. Incluso, te lo digo a ti y a nadie más, últimamente ha cometido algunos errores en investigaciones menores, yo diría que por falta de concentración en lo que hace.

—Lo temía. ¿Estará enfermo y no quiere decirlo? Michel, tendrás que ayudarme a llevarle a un médico, quién sabe lo que puede ocurrirle.

—Lo que le pasa no es ninguna enfermedad como tú temes.

—¿Entonces, sabes algo? —preguntó ansiosa, dando una gran viveza a sus ojos que estaban centrados en las pupilas masculinas, de un azul gris tan claro que en los días de sol se veía obligado a utilizar gafas protectoras.

—Hemos tenido un tropiezo en un asunto que obsesiona a tu padre y ello le ha desasosegado de tal forma que yo diría que le conviene una temporada de descanso o unas vacaciones. Ya sé que es invierno, pero si se fuera a las españolas Islas Canarias podría pasarlo bien y se desintoxicaría de este asunto.

—De modo que es un fracaso profesional.

—Sí. Tu padre es un policía excepcional y no está acostumbrado a estos golpes y más si después ha recibido algunas reconvenciones de la superioridad. No se han atrevido a trasladarle de ciudad pero ha faltado poco.

—¿Tan grave ha sido?

—Yo diría mejor que hay determinados personajes que se sienten perjudicados. Tu padre ha querido poner al descubierto un asunto muy desagradable, no ha salido bien y varias personas importantes implicadas en el caso, aunque no hayan sido descubiertas ni identificadas, han decidido hacerle tambalear. En realidad, se le ha pedido que deje de perseguir infundadamente a determinada persona con gran influencia y amistades de peso en la administración oficial.

—Entonces, ¿mi padre va detrás de un pez gordo?

—En realidad, no se podría llamar un pez gordo.

—¿Una organización?

—Va detrás de un personaje muy especial que proporciona ciertas diversiones a gente que por exceso de dinero se hastía con demasiada facilidad.

—¿Una especie de madame Cocotte?

—No, no es exactamente una proxeneta. Ese personaje, en sí misma, es importante y conocida. Suele aparecer en muchas revistas europeas e incluso americanas porque vive la high life de todo el mundo. Aunque tiene su residencia fijada aquí, no es francesa.

—Entonces, es una mujer.

—Sí, pero, por favor, no sigas preguntando, no podría responderte. Quizá, quien debiera decirte algo, fuera tu propio padre.

—Está bien. De momento no preguntare nada más, quiero decir nada más sobre la investigación, pero si mi papá se siente mal, debo hacer algo por ayudarle.

—Lo comprendo, pero no creo que sea fácil. Quizá le ayudaran unas vacaciones que él no quiere tomarse o una investigación que consiguiera apasionarle lo suficiente para hacerle olvidar lo sucedido.

—Pero, en tu opinión, ese caso que mi padre considera un fracaso, ¿está resuelto?

—No hay caso.

—¿Cómo que no? Si mi padre investigó…

—No hay denuncia formal de nadie. No hay perjudicados oficialmente y tampoco crimen, por lo tanto no hay caso.

—No comprendo. Si no existe transgresión de la ley, ¿cómo pudo meterse mi padre en una investigación absurda y considerar su final como un fracaso?

—Insistes tirándome de la lengua. —Suspiró—. Mira, Anne-Marie, hay anónimos, unos pocos anónimos que fueron los que empujaron a tu padre a llevar a cabo esa desgraciada investigación.

—¿Anónimos? Creí que la policía no les prestaba atención.

—Cómo se nota que tu padre no te habla de los asuntos del comisariado. Ya lo creo que se tienen en cuenta los anónimos, nosotros y todas las policías del mundo. Cierto que no sirven para llevar a nadie ante un tribunal ni para pedir una orden judicial, me refiero con la sola base de los anónimos, pero sirven para alertarnos, para obtener informaciones que de otra forma casi sería

imposible conocer. Después metemos nuestras narices y si se estima conveniente, se pide una orden judicial de arresto o registro. Muchos que después de cometer un crimen se sentían seguros, caen por culpa de un anónimo, a veces algún vecino que les ha visto cometer el crimen por entre los visillos de sus ventanas. Sí, Anne-Marie, hacemos caso de los anónimos para iniciar investigaciones. Muchos no sirven de nada, solo son calumnias con ánimo de perjudicar a terceros, pero otros son ciertos y como después de todo, por los anónimos no encausamos a nadie sin antes obtener pruebas o testigos, no tenemos el menor reparo en prestarles atención.

—Pues sí estaba equivocada.

—Bueno, también recibimos anónimos, especialmente tu padre, amenazándole de muerte y a esa clase de anónimos personales, dirigidos a los funcionarios del comisariado, sí que no les hacemos ningún caso. Suelen escribirlos algunos de los han ido a parar al tribunal y los envían desde la cárcel a través de amigos o familiares. Otros, más solitarios, esperan a salir de presidio.

—¿Y si cumplen sus amenazas?

—Raramente ocurre, los peligrosos son los que aún no han sido colocados delante de un juez, esos sí se defienden como gatos panza arriba, pero los que ya cumplen sentencia, después se olvidan. Les queda un rencor, pero no quieren saber nada más de nosotros.

—¿Y esa mujer de que has hablado, lo amenaza?

Michel quedó un poco pensativo, suspiró y antes de tomar su tercer café, respondió:

—No, lo que hizo fue reírse de nosotros, que a tu padre le ha sentado mucho peor.

—Y esos anónimos —vaciló—, esos anónimos que hicieron que mi padre persiguiera a esa mujer que se rio de él, ¿qué decían que había hecho ella? Me refiero a de qué crimen se la acusa.

—No se la acusa de ningún crimen. Acusación es una palabra grave que trae consecuencias, por acusar con falsedad se puede ir a la cárcel.

—Yo me refiero…

—Te comprendo, quieres saber qué insinúan los anónimos con respecto a esa mujer.

—Sí. ¿Puedes decírmelo?

Casi había súplica en la voz de la joven.

—Si te lo digo, tu padre va a cargar contra mí, yo me llevaré todo su mal humor y ya están las cosas suficientemente difíciles en estos momentos como para calentarlas más.

—No le diré a mí padre que lo sé y muchísimo menos que tú me lo has contado.

—Es que está prohibido hablar de las investigaciones a personas no relacionadas con el comisariado.

—¿No me has dicho que a esa mujer no se la acusa de nada, no me has dicho que en realidad no hay investigación contra ella?

—Tienes razón. —Sonrió—. ¿Llevas prisa?

—No.

—Entonces, daremos un paseo en mi coche. —Se volvió—. ¡Garçon, apportez le compte!

Michel Armé tuvo que poner en marcha el limpiaparabrisas. Sobre la ciudad caía una molesta aguanieve que incluso hacía peligrosa la circulación por lo resbaladizo del suelo.

Michel Armé tomó una de las vías de acceso al cinturón periférico para salir de la gran ciudad.

—Te parecerá absurdo lo que te voy a contar.

—Por absurdo que sea, quiero saberlo.

—¿Tienes conocimiento de que lo mismo aquí que en Londres, Viena, New York o Los Ángeles existen un buen número de sectas, asociaciones o como quieran llamarse, grupos de personas que se dedican a cultivar rituales extraños, algunos estrambóticos, otros malignos o eróticos? Antes, algunos se reunían para ver en privado filmes pornográficos.

—Eso puede verse en cualquier cine X.

—Sí, pero en esas sesiones privadas, además de visionar aberraciones sexuales, luego se tiene opción a practicarlas, se desmadran Hay gente que se aburre y se agrupa, unos invocan a los muertos para que les hablen del porvenir, otros escrutan las estrellas y no para hacer astronomía si no para profetizar una apocalipsis, hay de todo.

—En una revista leí que existe cierta organización secreta que compra fetos humanos que luego quema y transforma en cenizas que son muy buscadas por estas sectas satánicas.

—Bueno, no sé si se trata de secta satánica o no, pero la persona

de la que te hablo celebra de cuando en cuando unas bacanales orgiásticas en su mansión, cenas muy especiales a las que asisten personas importantes, extranjeras incluso, gentes que usan antifaces para no reconocerse entre ellas y así poder actuar sin inhibiciones.

—¿Con antifaces, los habéis visto?

—Sí. Irrumpimos en una de esas cenas, tu padre lo preparó todo, incluso había llegado a tener un enlace dentro. No sé cómo lo consiguió, el caso es que uno de los asistentes a la cena estaba en contacto con tu padre y nos avisó en el momento oportuno.

—Sigue, irrumpisteis. ¿Y qué?

—Era una ceremonia macabra, una cena propia de dementes. Se trataba de un banquete muy especial en el que había que comerse a una bellísima muchacha que se hallaba metida en un ataúd, una muchacha a la que acuchilló la anfitriona.

—¡Qué horror! ¿Y no los detuvisteis a todos?

—No, ahí está el problema. La muchacha del ataúd no era tal si no un pastel en forma de bellísima mujer. Te juro que parecía real, quien lo confeccionó es un artista, pero al fin y a la postre, se trataba de comerse un pastel. La anfitriona, irritada, arrojó un pedazo al rostro de tu padre y luego, con la mano, deshizo el rostro de lu supuesta joven. Se rieron de nosotros y como comprenderás, no hay nada legislado respecto a la forma que pueden tener los pasteles que no se ponen a la venta y que se consumen en ambientes privados.

—Pobre papá, debió pasarlo fatal.

—Así es, todos lo pasamos mal. Estaban tomadas todas las puertas, todas las ventanas, nadie hubiera escapado. Aquello era una parodia de una bacanal necrofágica o canibalesca, pero solo una parodia y esta clase de reuniones, celebradas en privado, no constituyen delito alguno, máxime si no molestan a nadie en particular ni causan escándalo público y, obviamente, no lo causaban, porque hasta tenían las ventanas cerradas.

—¿Pudisteis identificar a los asistentes?

—No, y hubiera sido mucho peor. Lógicamente, tu padre recibió una durísima repulsa por parte del juez que había firmado la orden de registro a instancias suyas, luego han venido más quejas contra tu padre.

—Por lo que cuentas, papá obró en conciencia, no se le puede

acusar de nada.

—Según el juez, hubo exceso de celo; en fin, de todos modos fue un patinazo y cuando se da un patinazo y hay gente importante implicada, la situación se pone fea.

Michel detuvo su automóvil en el arcén, ya lejos de la gran ciudad.

—¿Ves aquel palacete que asoma por encima de los muros?

—Sí, es algo tétrico, ¿no?

—Es el palacete de la duquesa Carla Giacomonova.

—¿La duquesa Giacomonova es la mujer de la que me has hablado? —preguntó asombrada, contemplando con atención la masa oscura del palacete bajo las nubes plomizas que descargaban aguanieve sin furia pero de forma continua, helándolo todo.

—Sí, y estoy seguro de que es la mujer más perversa que se puede encontrar en nuestro mundo.

—¿Entonces, crees que lo que decían los anónimos puede ser cierto?

—Tu padre sigue convencido de ello.

—¿Y tú?

—Yo pienso que tu padre nunca se ha equivocado hasta ahora, solo que no se puede demostrar. Lo malo es que la Gaviota está protegida por gente importante que da rienda suelta a sus bajas pasiones, a sus aberraciones, gracias a ella.

—¿La Gaviota la llaman?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Sabías que las gaviotas son aves rapaces hermosas pero terriblemente caníbales que no dudan en comerse los polluelos, los hijos de sus hermanas de especie?

—No, no lo sabía.

—Pues ahora ya sabes por qué la apodan así. En forma real o simbólica, esa mujer celebra banquetes en los que los comensales se comen a seres humanos.

Anne-Marie quedó pensativa y sintió náuseas al imaginar una cena cuyo plato principal era un ser humano.

CAPÍTULO III

El avión a reacción se posó suavemente en el abigarrado aeropuerto pese a que el día no era bueno.

No llovía, pero había estado cayendo aguanieve durante toda la madrugada y los suelos se veían mojados. En algunos lugares, el agua fría se había encharcado.

El vaho humano se condensaba nada más salir de las bocas mientras los reactores silbaban, unos preparándose para remontar el vuelo y otros, guiados por un tractor, buscaban el lugar idóneo para descargar su cargamento de viajeros.

El aparato procedía de Bruselas y los pasajeros apresuraron el paso hacia las dependencias caldeadas del aeropuerto.

Abel Bougene pasó arrogante junto a la sonriente azafata sin dedicarte una mirada siquiera.

Abel Bougene parecía hallarse por encima de muchas cosas. Pese a su juventud, poseía ya tres doctorados y su elevadísimo coeficiente de inteligencia le hacía sentirse por encima de los demás mortales.

Desde la infancia, desde que sus profesores le habían hecho saber que era un genio, había comenzado a despreciar a los otros muchachos que pertenecían al mundo de los normales.

Abel Bougene menospreciaba a todos los que no fueran genios como él y no se molestaba en disimularlo, la humildad no era una de sus virtudes.

Bougene comenzaba a ser reclamado en muchos institutos para hacer demostraciones de su elevada inteligencia natural. Matemáticas, física, química, astronomía, había publicado muchos trabajos en las revistas técnicas más cualificadas; sin embargo, para alcanzar el éxito que ambicionaba, tenía un defecto y este era que aún resultaba demasiado joven, y este defecto o virtud era algo que no toleraban bien las cabezas pensantes de las universidades y

laboratorios de investigación, ya encanecidas por los años. No le perdonaban y, sonriéndole, le decían que tenía por delante un gran porvenir. Para Abel Bougene, el porvenir era ya presente y reventaba por demostrarlo a cada momento.

—¿Monsieur Bougene?

La pregunta fue formulada a sabiendas de acertar. El hombre de cabellos canosos y bien trajeado mantenía una sonrisa muy cortés en sus labios.

—Sí.

—Soy el doctor Pionnier, de la Sorbona, y he venido a recibirle.

—Ah, bien. ¿Y no ha venido nadie más? —preguntó mirando en derredor, un poco molesto al comprobar que solo se le acercaba un hombre.

—Los científicos no somos futbolistas ni cantantes de música pop, *monsieur* Bougene —casi se disculpó el doctor Pionnier.

—Sí, claro, la masa es incapaz de discernir dónde radican los auténticos valores —suspiró—. No debería sorprenderme.

—Acompáñeme, por favor. ¿Ha de recoger el equipaje?

—No, como se trata de pocas horas solo he traído lo indispensable en mi portafolios.

El doctor Pionnier condujo a Abel Bougene al parking del aeropuerto donde aguardaba un lujoso automóvil negro con chófer. Al belga superinteligente le agradó que le fueran a buscar con automóvil y chófer, aunque se abstuvo de manifestarlo.

El doctor Pionnier semejaba esconderse tras sus gafas de cristales oscuros y el chófer, con instrucciones concretas, abandonó el aeropuerto. Comenzaba a lloviznar.

El joven belga de vez en cuando miraba a través de la ventanilla y tampoco decía nada, aunque al cabo de casi media hora de circulación observó:

—Por aquí no se va a la Sorbona.

—No, claro que no, primero tendrá usted un almuerzo entre gente importante que desea conocerle.

—Ah, bien, bien. —Mantuvo una larga pausa, luego preguntó—: ¿Y quiénes asistirán a ese almuerzo en mí honor?

—No lo Se con exactitud, pero por lo menos una docena de profesores de la Sorbona, algunos de ellos acompañados de sus

respectivas esposas e hijos. Bueno, también habrá políticos, gente importante, ya sabe.

—Bien. ¿Y en qué lugar se celebrará ese almuerzo en mi honor? La verdad, quizá hubiera sido conveniente advertirme, me hubiera preparado más correctamente, me refiero a la ropa.

—Oh, eso carece de importancia, allí lo que verdaderamente tendrá interés es su inteligencia, *monsieur* Bougene.

—¿Mi inteligencia? Sí, claro, pero no me ha dicho dónde se celebra el almuerzo.

—En un palacete privado.

—¿Habrá prensa?

—No creo, será un acto íntimo que no interesa a la mesa. No se le va a tratar como a un fenómeno de circo para que el vulgo mire y remire su fotografía tratando de ver por dónde se le abulta a usted el cerebro para quedar convertido en un monstruo.

—Es usted muy irónico, doctor… ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Pionnier.

—Ah, sí, doctor Pionnier. ¿Y dice que está en la Sorbona?

—Sí. Mire, allá está el palacete.

Apenas se veta debido a las gotas que empañaban los cristales por el exterior; no obstante, Abel Bougene vio una masa oscura emergiendo por encima de un muro recubierto de hiedra.

El chófer manipuló en el dial de la radio incorporada en el salpicadero de su automóvil y nada más enfrentarse con la gran verja que cerraba el muro, el portero vigilante ya la estaba abriendo, avisado a distancia.

El coche se introdujo en los jardines y la puerta se cerró mientras se oían unos fuertes ladridos que no tranquilizaban precisamente.

A Abel Bougene le pareció bien el palacete.

Quienquiera que fuese el propietario de semejante mansión, debía ser forzosamente alguien importante, alguien con una fortuna protegiéndole las espaldas.

Se apearon del vehículo y a la puerta de entrada salió a recibirles un criado uniformado con librea.

El criado miró al doctor Pionnier y este le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Síganme, por favor —les pidió el criado—. La duquesa les

espera.

Abel Bougene preguntó en voz baja que quién era la duquesa, más Pionnier no respondió, siguió caminando como si no le hubiera oído.

Bougene atribuyó lo sombrío del palacete al mal día que hacía. Las cortinas, muy abundantes, le parecieron oscuras y pesadas. Los cuadros eran igualmente oscuros, con brillos propios de los aceites antiguos empleados en la elaboración de las pinturas, quizá del siglo dieciséis. Había que situarse adecuadamente delante de aquellos lienzos para poder distinguir su contenido; habían oscurecido posiblemente por el uso de velas, antorchas y aceites para las iluminaciones nocturnas a lo largo de siglos.

El palacete no parecía tener más allá de dos o tres siglos. No era demasiado y los cuadros no correspondían a la misma época, por lo que cabía deducir que habían sido sacados de otros lugares aprovechando guerras o robos enmascarados.

A Abel Bougene, el arte no le importaba gran cosa, aunque se decía a sí mismo que si se interesara por él en general o por cualquiera de las artes en particular, música, pintura, escultura, etcétera, no tardaría en descubrir sus íntimos secretos. Estaba convencido de que todo tenía una relación de fuerzas o proporciones descifrables a través del mundo de las Matemáticas.

No se había interesado nunca lo suficiente como para poder estrellarse contra el muro del arte con su suficiencia, pues carecía de la necesaria sensibilidad.

De haberse puesto a tocar el violín, lo habría hecho como Einstein, es decir, calculando las notas en forma matemática; pero el arte habría estado lejos de él como co su día estuvo de Einstein.

Se encontró ante la puerta de un despacho, una puerta pesada, de gruesa madera laboriosamente trabajada que franqueó el criado.

—Le están esperando, *monsieur* Bougene —dijo el sirviente, lo que extrañó al belga, pues en ningún momento desde su llegada se había pronunciado su nombre; solo cabía pensar que se le estaba esperando con gran interés.

El despacho era sombrío como todo en aquel palacete.

Una lámpara grande, con doble tulipa opaca, se hallaba colocada sobre la amplísima mesa de caoba. No había más luz en la estancia y con ella y pese a ser de día, resultaba difícil ver lo que

había en las paredes.

Detrás del escritorio había una mujer muy bella pese a su madurez, era sensualmente provocativa. Tenía grandes ojos oscuros y jugueteaba una sonrisa en sus labios carnosos y jugosos.

Por la mente del joven belga pasó la idea de que a lo largo de la historia muchas mujeres importantes de la realeza y la aristocracia en general habían protegido a sabios y artistas, mujeres que habían mantenido relaciones con sus protegidos y casi se llegó a preguntar si él estaría dispuesto a aceptar la protección de una mujer importante.

Junto a la duquesa, en pie, había un hombre magro de ojos brillantes con mirada de cuervo, unos ojos que no parecían amenazar y, sin embargo, acechaban.

—De modo que tú eres Abel Bougene.

—Sí, yo soy Abel Bougene, y usted la duquesa de…

En vez de responderle, ella se volvió ligeramente hacia el hombre que estaba a su lado y le dijo:

—¿Ha visto, Gorniev? Es más joven de lo que suponía y hasta diría que guapo.

—Duquesa, teníamos su ficha, lo que importa de él es su elevado coeficiente de inteligencia.

—Es cierto, Gorniev, lo que importa es su inteligencia, por eso está aquí. ¿Cree que es la figura apropiada, mí estimado Gorniev?

Gorniev, que poseía una voz muy grave excepto cuando gritaba, que se le atiplaba extraordinariamente, volvió a escrutar a Abel Bougene y opinó:

—Estoy convencido de que sí. Su grado de inteligencia natural es parangonable a la de los genios conocidos. Lo que suele suceder, duquesa, es que al hombre superinteligente, para que le llamen genio, necesita llegar a viejo, pues antes no es lo suficientemente conocido para que se le otorgue ese título. Los hombres como Bougene nacen genios pero luchan toda su vida por demostrar que lo son. Trágicamente para ellos, muchos no les reconocen esa inteligencia natural y esos muchos suelen ser los que tienen poder y fortuna.

Abel Bougene se había mantenido callado, sintiéndose como una especie de esclavo preparado para le venta. De pronto se sintió ridículo y confuso.

—Duquesa, yo he venido aquí porque se me ha invitado a dar una conferencia en la Sorbona.

—¿Ha oído, Gorniev, una conferencia en la Sorbona…? —se rio ligeramente la duquesa Giacomonova.

—¿Qué clase de broma es esta? —inquirió Bougene, súbitamente irritado.

—Jovencito, yo soy la duquesa Carla Giacomonova. ¿No has oído hablar de mí?

—No.

—Pues me apodan la Gaviota.

—¿Eso es importante?

—Más de lo que supones; si no, que te lo explique Pionnier.

Abel Bougene se volvió hacia Pionnier y descubrió que este tenía un bote de spray en la mano.

Rápida y traicioneramente, le pulverizó el rostro a la escasa distancia de dos palmos, cogiéndole de lleno.

Abel Bougene experimentó un vivo escozor en los ojos y también en nariz y boca. Quiso gritar, más sus pulmones no le brindaron todo el aire que parecía necesitar.

—¿Qué, qué significa…?

Pionnier volvió a pulverizar el rostro del joven belga para asegurarse del efecto conseguido.

Abel Bougene no notó siquiera que se le doblaban las piernas y cayó inconsciente sobre la alfombra. La duquesa Giacomonova, que había permanecido expectante, se levantó, ordenando:

—Llevadlo abajo.

Cuando Abel Bougene se despertó, se vio tendido sobre una mesa de madera.

Su cintura, sus pies, sus muñecas y su cuello se hallaban— sujetos a la tabla de madera por sólidas correas y salvo estas correas, nada más llevaba encima de su cuerpo que había sido desnudado totalmente.

Descubrió entonces a tres personas en torno suyo, observándole con atención.

Allí había un personaje de cabeza rapada y aceitada y ojos ligeramente almendrados, un hombre que parecía un monje asiático. Al otro lo identificó como al extraño personaje que viera en el despacho de la duquesa. Por último estaba la propia Gaviota

que le dirigió la palabra.

—¿Te encuentras bien?

—¿Qué hago aquí? ¡Suéltenme, suéltenme, suéltenme!

—Está algo nervioso, ¿verdad, Gorniev?

—Laisho, ¿cree que quedará bien?

El exótico personaje del cráneo rasurado y aceitado asintió con la cabeza, sin pronunciar palabra.

Angustiado, el superinteligente belga vio cómo el llamado Laisho se alejaba y poco después regresaba con otra mesa camilla donde había una gran montaña de yeso escayola ya fraguado.

Acompañaban a Laisho otros dos individuos igualmente exóticos y enigmáticos como él y por el gruñido lanzado por uno de ellos, tuvo la impresión de que todos eran mudos.

Los ayudantes de Laisho se volvieron a marchar y regresaron con un gran recipiente que avanzaba sobre ruedas y que parecía lleno de pasta.

—¿Qué van a hacer? —balbució Abel Bougene mirando a un lado y a otro lo que le permitía el juego de su cuello, sujeto por una correa que le impedía levantar la cabeza.

—Ya hemos empezado contigo, joven genio —le observó la duquesa tratándolo casi con cierta ternura.

—¿Conmigo, qué me han hecho?

—Te hemos sacado un molde en escayola, si tuerces la cabeza lo verás.

Bougene lo vio y no dijo nada, estaba completamente desconcertado. La mujer prosiguió.

—Ahora, el molde lo llenarán de masa para hacer un rico pastel. Luego, Laisho lo meterá en el horno y lo cocerá a fuego lento para que el pastel se cueza bien y el molde no se rompa. El pastel tiene que salir idéntico a ti. Después, cuando ya esté cocido, lo colocará a tu lado y terminará pintándolo, aderezándolo, ha de quedar tan exacto que se pueda confundir contigo. Para este trabajo, Laisho es un artista y tú podrás ver su obra.

—Pero ¿por qué, para qué hacer un pastel que se me parezca?

—Para ofrecerlo a mis invitados, un pastel humano metido en un ataúd, una auténtica orgía necrofágica.

—¡Está loca, loca, suélteme!

—No te preocupes, muchacho. Haremos de ti otra figura en cera

además de la del pastel, así voy guardando todas las figuras servidas en mis banquetes de asimilación.

—¿Y qué pretende conseguir con eso?

Esta vez fue Gorniev quien habló con su voz grave mientras Laisho y sus ayudantes llenaban el molde de yeso escayola con la pasta de pastel.

—El gran banquete sabatino de la asimilación es una cena de orgia que se ha practicado desde la noche de los tiempos, *monsieur* Bougene, y diría que en todas las razas, solo que algunas lo hicieron hace mucho tiempo y otras siguen haciéndolo en la actualidad. ¿No ha oído hablar de hombres blancos paracaidistas qué fueron devorados en África? No crea que lo que voy a contar solo ocurre en África, no… —Gorniev parecía complacerse en la explicación, seguro de que al final metería el terror en los huesos de su víctima —. Muchos creen y por culpa de la deformación de las notas de prensa, que se devora a ciertos enemigos para alimentarse o vengarse, lo que también sería una razón, pero no es así. Se captura al ser escogido y se come de él lo que se desea. Por ejemplo, algunos negros devoran los dedos de los blancos capturados porque creen que comiéndose esos dedos adquirirán la habilidad manual de su víctima, que es en realidad lo que pretenden. El resto del cuerpo lo desprecian.

La duquesa agregó, complaciéndose también en la explicación:

—Hay hombres que desean comer gónadas porque así serán más viriles. «De lo que se come se cría», dice la tradición popular.

Gorniev prosiguió ante el creciente asombro de Abel Bougene:

—De usted nos interesa su cerebro, *monsieur* Bougene, su cerebro que es superinteligente.

—Sí, yo deseo este cerebro. —La duquesa le pasó la mano por la cabeza, acariciándosela—. Laisho es un hombre muy especial para cocinar, fue un magnífico hallazgo de Gorniev. Yo devoraré una parte de tu cerebro y asimilaré tu genio.

—Esto, esto es una broma, ¿verdad? Una broma…

—No, Abel Bougene, no es ninguna broma —le replicó la duquesa.

—Y el pastel, se comerán el pastel que se parecerá a mí, ¿verdad?

—Sí, será el postre.

—Duquesa, dejemos a Laisho que siga con su trabajo. Volveremos luego, *monsieur* Bougene —le dijo Gorniev.

El joven belga, sintiéndose humillado y aterrado a un tiempo, forcejeó con manos y piernas e incluso cuello para liberarse de las correas.

No consiguió otra cosa que desollarse y a nadie pareció importarle eso, y tampoco sus desesperados gritos.

Laisho y sus enigmáticos ayudantes proseguían con su labor. El horno no estaba lejos de donde se hallaba Bougene, notaba su calor y el olor a madera quemada, pues no se utilizaba carbón, *fuel-oil* ni ningún otro combustible para la gran cocina que allí se realizaba, lo que hacía que los olores fueran más auténticos.

Todo el molde con la masa fue metido en el horno y sacado de él dos horas más tarde.

Laisho abrió el molde cuidadosamente; debía servir para otra vez, ya que tenía que realizar una figura de cera igual a la del pastel para que pasara a formar parte del macabro musco de la Gaviota que muy pocos debían haber visto.

Bougene se hallaba quieto ahora, extenuado por sus frustrados esfuerzos intentando escapar.

La forma del pastel ya se parecía mucho a Abel Bougene pero no estaba terminado. Laisho comenzó a darle color con pinturas cuya composición solo él parecía conocer y que, por lo visto, eran digestibles, pinturas ya cargadas con sabores dulces.

Poco a poco, la figura colocada sobre una tabla se fue pareciendo más y más al joven belga, hasta quedar tan igual que de haberse dormido Bougene, se les habría podido confundir.

Cerraron la figura con las tablas laterales de un ataúd, de tal forma que no hizo falta mover el pastel para introducirlo en el supuesto féretro, ya que la caja se formó en torno a la efigie, lista para ser consumida en la orgia de la macabra asimilación.

Si los que comían trozos de aquel pastel estimaban que no eran unos antropófagos porque solo se trataba de un pastel, estaban equivocados; psicológicamente se habían convertido en necrófagos ya que, cuando menos, conscientemente, devoraban la imagen humana.

El molde para hacer la figura de cera fue apartado convenientemente.

—Ya está. Ahora, ¿me dejarán ir?

Laisho no respondió y sus ayudantes tampoco. Cada vez se convencía más de que los tres eran mudos y a Abel Bougene no le gustaba estar al lado de una reproducción de su cuerpo ya metida en un ataúd. Era un mal presagio y aunque él era un hombre que siempre se movía y pensaba en razón a la lógica, ahora sentía escalofríos y malos presagios que secaban su paladar.

Abel Bougene temió volverse loco; no comprendía nada de lo que le estaba ocurriendo, solo sabía que había recibido una carta de un profesor de la Sorbona invitándole a dar una conferencia y ahora se encontraba allí, sujeto con correas en un sótano lóbrego de paredes ennegrecidas donde ni siquiera había llegado la luz eléctrica.

Aquel sótano olía a trastienda de pastelería, pero no le producía ninguna sensación agradable. Oyó pasos que no conseguía localizar mientras los minutos transcurrían.

Sentía un pánico atroz al pensar cómo iba a terminar aquella experiencia tan sorpresiva para él.

Laisho reapareció. No le caía bien aquel pastelero-cocinero con aires de sacerdote oriental, o quizá fuera producto de la mezcla de varias razón, ya que sus rasgos no eran puros, pertenecientes a una raza determinada.

No le gustó ver que colocaban cuatro gruesos cirios de color rojo en derredor suyo, uno en cada punta de la tabla en la que se hallaba sujeto a la espera del sacrificio.

Laisho en persona encendió los cirios con una tea mientras efectuaba extraños movimientos con las manos.

—¿Qué van a hacer ahora, no tiene su pastel, no lo tiene ya? —casi suplicaba más que protestaba el superinteligente belga.

Al fin apareció Gorniev vestido con una túnica negra. De su cuello colgaba una cadena de la que pendía un medallón que llevaba brillantes engarzados formando una calavera que brillaba a la luz de las velas.

—Monsieur Bougene, ha llegado el momento del sacrificio. Ha sido elegido por su superinteligencia para la gran ceremonia de la asimilación.

—No diga más estupideces. Suélteme, suélteme e exigiré responsabilidades.

Gorniev se rio sordamente.

—¿Responsabilidades, a quién?

—¡Les denunciaré a la policía!

—La carta que le invitaba a dar una conferencia en la Sorbona era falsa y nadie le buscará aquí. Usted ha llegado de Bruselas y se le supondrá por la gran ciudad donde diez millones de almas pululan tratando de devorarse unos a otros. ¿Quién cree que va a notar su desaparición?

—¡Mi familia, mis amigos!

—Nadie le encontrará. Dentro de unas horas se reunirá un puñado de personas, la mayoría de ellas gente importante, para participar en el banquete de la asimilación, una gran cena privada con ventanas cerradas, gente que desea divertirse y que cree que devorar a un semejante es asimilar sus facultades. Usted, *monsieur* Bougene, será el plato fuerte, el motivo de esta cena; pero, no se preocupe, le rememoraremos, cantaremos sus excelencias, leeremos su currículum vitae en tono de rezo necrosacramental. Su espíritu estará presente en cada momento de la orgía donde abundará el vino y la lascivia. Los genitales serán troceados y servidos a las mujeres más hermosas que asistan al banquete.

—¡Noooo!

En aquel momento apareció una imagen blanca que le espeluznó.

Sin duda alguna era la duquesa Giacomonova, vestida con una gran túnica blanca y con el rostro cubierto con una careta que trataba de parecer una gaviota con su pico, un pico que era de acero y estaba terriblemente afilado.

La Gaviota se detuvo junto al joven atado y se encaró con Gorniev. Este pronunció unas frases en un idioma que Abel Bougene jamás había oído antes y la mujer semejó beber sus palabras.

Por último, levantó sus brazos que parecieron alas debido a la amplitud de las mangas de la túnica y se inclinó sobre el horrorizado y bien sujeto Bougene que vio acercarse aquel terrible pico a su cuello.

Notó la punta que presionaba sobre su piel hasta abrirla. Después, un movimiento brusco, como un auténtico picotazo, y el pico se introdujo varios centímetros en el cuello del hombre.

El pico se retiró y saltó un chorro de sangre que ensució la

túnica de rojo, lo que no pareció molestar a la monstruosa duquesa que aguardaba la agonía de la víctima sacrificada.

—¡Nooo! —aún gritó Abel Bougene mientras la sangre escapaba de su cuello a borbotones.

Abel Bougene no pudo ocultar la herida con la correa que le sujetaba el cuello y la sangre fue deslizándose por la tabla de madera. Poco a poco se le fue escapando la vida en forma desangre.

Con los ojos abiertos, se volvió hacia la repugnante careta de gaviota manchada en sangre. Quiso preguntar algo y ya no consiguió articular palabra. Los ojos se le vidriaron y se hundió en la oscuridad de la muerte.

El joven Abel Bougene acababa de dejar de ser el genio con un gran futuro por delante; la Gaviota, con sus exigencias necrológicas, lo había impedido.

Pasaron unas horas.

Casi sigilosamente, arribaron los automóviles cuyas matriculas eran cubiertas de inmediato por un servidor del palacete.

Los comensales, enmascarados, fueron entrando en el gran salón donde se iba a celebrar la cena orgiástica donde no se comía otra cosa que carne en sus más diversas formas y siempre deshuesada.

Corría con prodigalidad el vino fuerte y rojo como la sangre y se culminaba la cena con el gran pastel que apareció de la mano de Laisho, aquella mano cargada de anillos.

—Y ahora, asimilaremos el cuerpo de un joven genio —dijo con voz grave Gorniev tras haberse escuchado el escalofriante grito de los murciélagos y mientras sonaba la música del órgano como fondo.

La Gaviota ensartó el ancho cuchillo en el pecho de aquella figura que se hallaba en el ataúd. Brotó la supuesta sangre colocada allí por la mano de Laisho y se elevaron exclamaciones de placer.

Los servidores acercaron bandejas y la duquesa cortó pedazos del enorme pastel que fue servido a los invitados. Cada uno de ellos fue cogiendo lo que más deseaba del cuerpo, unos dedos, una quijada, una tetilla.

Como fieras, entre risas estentóreas, cuatro mujeres se disputaron el sexo de la figura que estaba desapareciendo rápidamente. Jamás nadie encontrarla los restos de Abel Bougene.

La Gaviota, complacida, danzó alrededor de la mesa donde se

comía y se daba rienda suelta a la lujuria en una orgia que estaba muy lejos de haber terminado.

CAPÍTULO IV

El comisario Fournier sentía dolor en los ojos de tanto mirar a través de los prismáticos. Había observado el palacete a distancia, viendo pasar a muchos automóviles por la carretera serpenteante; también había visto a quienes se introducían en el palacete de la duquesa Carla Giacomonova.

La noche era de lo más desagradable en cuanto a lluvia y frío y tuvo que poner en marcha el motor del auto en varias ocasiones, manteniéndolo al ralentí, para que la calefacción mitigara el flagelo del frío.

Al alcance de su mano, sobre el salpicadero, tenía un bloc en el que había anotado las matrículas de los automóviles que se introducían en los jardines del palacete antes de que el servidor las cubriera para evitar que los comensales pudieran reconocerse entre sí.

Pasaron las horas.

La puerta del muro continuaba cerrada y el palacete se confundía con la noche misma a causa de que ninguna luz se veía brillar en él pese a que se estaba celebrando en su interior, tras las pesadas cortinas y recios ventanales, una orgia satánica.

Había recibido muchas reconvenciones e incluso amenazas de la superioridad para que dejara en paz a la duquesa Giacomonova, por lo que había optado por hacer aquel trabajo solo, sin comunicárselo a nadie.

Había vigilado noches y noches, privándose del sueño, hasta conseguir descubrir una de aquellas reuniones secretas. No siempre se invitaba a las mismas personas, lo que hacía que resultara muy difícil tener un contacto en su interior que luego le permitiera conocer lo ocurrido.

Había tenido su ocasión; había creído emplearla lo mejor posible y había fracasado. No podía repetir dos veces la misma experiencia

y, sin embargo, estaba dispuesto a no dejar a un lado aquella investigación. Allí había algo oscuro y sucio y terminaría descubriendo la verdad.

Algo dentro del comisario Fournier se negaba a aceptar que aquel banquete solo fuera una parodia, de necrofagia. Algo había fallado, algo que le había puesto en ridículo a él y al comisario en peso.

Por suerte, la prensa no se había hecho eco de lo ocurrido, el mundo de los periódicos y las revistas de escándalo se había mantenido al margen y al fallar aquella caja de resonancia, su problema no había pasado a mayores.

Se suponía a mucha gente importante implicada en aquellas bacanales y se prefirió ignorar lo sucedido y al comisario Fournier se le había recalcado que si la duquesa tenía deseos de celebrar rituales, fueran del tipo que fuesen, sin ofender a nadie y en privado, no tenía por qué ser molestada.

Era ya alta madrugada y los párpados le pesaban de tal forma que tenía que sacudir la cabeza para volver a abrir los ojos, agobiado por tantos días como se había mantenido en observación desde un bosquecillo apartado de la carretera, de forma que su automóvil no era visible en la noche mientras que el, con sus potentes prismáticos, escrutaba a los vehículos que ahora salían de la mansión de la duquesa.

Volvió a anotar las matrículas de los coches que, en principio, rodaban con los faros apagados y distanciados entre sí.

No había logrado apuntar todas las matrículas, ya que se hallaba a gran distancia de la puerta de entrada para no ser descubierto. El seguía a los automóviles con la mirada y cuando pasaban como a cien metros por delante de él, anotaba los números. Gracias a su gran profesionalidad como policía, pudo tomar un buen, número de matrículas, por lo que se consideró capaz de averiguar la identidad de por lo menos el cincuenta por ciento de las personas que habían participado en aquella orgia macabra en que se devoraba un pastel con forma humana, lo que no constituía ningún delito, se lo habían dicho bien claro.

Comenzaba a clarear el ciclo encapotado cuando la puerta de la mansión de la duquesa Giacomonova se cerró y no parecía que fuera a salir por ella ningún automóvil más.

Con su lista en el bolsillo, el comisario Fournier se quitó el frío de las manos frotándoselas. Volvió a encender el motor de su coche y abandonó su puesto de observación.

No estaba seguro de conseguir algo pero, por lo menos, lo intentarla, aun jugándose su puesto de comisario en la capital.

Cuando arribó a su apartamento, encontró a Anne-Marie esperándole.

—Papá, ¿estás bien?

—Sí, muy bien, algo cansado.

—Te he preparado el desayuno.

—Ah, magnífico, desayunaré y dormiré un rato, luego iré al despacho.

—Si te has pasado la noche fuera, no es lógico que quieras regresar tan pronto al trabajo, debes descansar.

—No es para tanto —arguyó, casi tambaleándose.

Se sentía profundamente fatigado, una noche de observación agotaba, pero él llevaba ya muchas noches merodeando en torno al palacete de la Gaviota.

—Papá, tienes derecho a descansar.

—El crimen no descansa, Anne-Marie.

—¡Pero tú no eres una máquina, eres un ser humano!

—No te preocupes tanto por mí.

La bella Anne-Marie estuvo a punto de gritarle que sabía que no había pasado la noche trabajando en investigaciones de su departamento. Había llamado a Michel Armé temiendo que le hubiera ocurrido algo y el joven le había informado de que el comisario Fournier había abandonado normalmente su despacho para dirigirse a su hogar.

Anne-Marie le pidió que averiguara si le había sucedido algo, quizá un accidente de tráfico. Michel se había mostrado reacio; sin embargo, investigó las listas de los heridos ingresados durante la noche en los hospitales de la gran ciudad y ninguno de los nombres correspondía al comisario Fournier, por lo que llamó a Anne-Marie para pedirle que se tranquilizara, que el comisario volvería a su apartamento sin novedad; quizá estuviera haciendo alguna investigación por su cuenta y así había sido.

La muchacha, convencida de que su padre no le explicaría lo que había hecho durante toda la noche, le llevó el desayuno a la

habitación, servido en una bandeja de acero inoxidable.

Minutos más tarde regresó al cuarto y pudo observar que su padre se había tomado el desayuno y ahora roncaba. Despacio, se acercó al reloj que había en la mesita y observó la saeta indicativa del despertador. El comisario solo deseaba descansar dos horas y su hija le añadió tres más.

Dejó el reloj de nuevo en un sitio y abandonó la alcoba de puntillas. Si su padre le preguntaba por el despertador se haría la ignorante y le replicaría que seguramente se había equivocado él al colocarlo, cargado de sueño como estaba.

Ya cerca del mediodía, el comisario llegó a su despacho muy molesto. Michel Armé se le acercó; estaba al corriente de lo ocurrido con el despertador gracias a un telefonazo de Anne-Marie.

—El coche ha empezado a echar agua y los talleres de reparación solo ponen dificultades —protestó el comisario Fournier como dando la culpa al coche de su retraso.

—¿Y han podido arreglárselo, comisario?

—Sí, sí.

Michel, que sabía que el comisario Fournier no era un hombre que llegase tarde injustificadamente, se sonrió, viéndole disculparse de forma tan ingenua.

—¡Armé!

—Sí, comisario.

—Quisiera confiarte un trabajo muy confidencial.

—Sabe que puede fiarse de mí.

—Sí, claro. Ten esta lista.

—¿Matriculas?

—Sí. Averigua las direcciones que corresponden a estos automóviles y quiénes son sus propietarios, ya sabes, una lista detallada pero de forma discreta, sin asustar a nadie.

El comisario Fournier estuvo todo el día malhumorado y no llegó a interesarse demasiado por los pequeños casos que le llegaban y que él iba distribuyendo entre sus inspectores.

Al fin, el joven y dinámico agente Michel Armé, convertido en su ayudante más directo en el comisariado, le trajo una lista.

—Es lo que usted ha pedido, comisario.

—¿Todos los nombres?

—Nombres y direcciones, la mayoría gente muy importante.

¿Acaso piensa dar una fiesta de sociedad, comisario?

Lanzó un gruñido y tomó la lista de manos de Michel Armé. La leyó con avidez, como si estuviera hambriento y aquello fuera la carta de un buen restaurante en el que no tuviera que pagar la cuenta.

Silbó de admiración.

—Lo imaginaba, pero no tamo.

—Son intocables, comisario, intocables. Hay hasta un embajador y un gerifalte de la Unesco.

—Quién lo iba a decir…

—Las cucarachas se meten en todos los agujeros, comisario, en todos.

—Yo no he dicho que estos personajes hayan cometido ningún delito —puntualizó casi en tono de advertencia, con cierto resquemor ante tantas repulsas como había recibido por parte de sus superiores.

—Si se ha interesado por esas matrículas sin conocer sus nombres, pues ya ve. Lo he anotado todo, incluso si cada uno de ellos tiene familia y cuántas miembros la componen, porque, en ocasiones, el coche principal de la casa no lo conduce el propietario oficial si no su esposa, un hijo o quién sabe si alguien más.

—Sí, claro —admitió Fournier releyendo los nombres, muchos de ellos conocidos para él.

—Si me permite una observación, comisario, uno de los hombres que figuran es el de Valery Sachie.

—¿Valery Sachie, acaso la conoces?

—Si mal no recuerdo, hace algo más de un año fue acusada de chantaje.

—¿Cumplió condena?

—No, no llegó a ser procesada La denuncia fue retirada por el propio denunciante, objetando que se trataba de un mal entendido.

—¿Llevaste tú el caso? —preguntó interesado.

—Lo justo; no obstante, pensé que valía la pena retener el nombre y la cara en la mente porque si comenzaba con un chantaje, más tarde o más temprano se metería en otros líos. La chica es ambiciosa.

—Sí, seguramente, debía llevar un buen coche. ¿Qué más sabes de ella?

—Es modelo profesional pero no de las cotizadas, ya sabe la manía de los modistos por tener modelos más lisas que una tabla y delgadas como un alambre, chicas que son más la atracción de las mujeres que de los hombres.

—¿Valery Sachie es una de ellas?

—No, precisamente todo lo contrario, una chica bien formada, con redondeces donde corresponden, caderas bien moldeadas, pechos…

—No sigas, no sigas. ¿Y dices que con esas formas es modelo de alta costura o acaso fotográfica?

—Puede que sea ambas cosas. Valery Sachie se las arregla para estar entre las modelos de alta costura, pues quienes patrocinan los desfiles saben que también acuden hombres a presenciarlos y hay que alegrarles la vista, digamos que es una concesión al sexo. Usted no ignora que algunos maridos que pagan costosos vestidos a sus esposas no se sienten compensados si no ligan con la modelo, necesitan dárselas de conquistadores. Valery Sachie está para que esa clase de individuos obtengan sus satisfacciones íntimas, todo muy elaborado para que nadie quede descontento.

—Y los muy imbéciles se creen los conquistadores cuando les ponen ante los ojos a una furcia fina que pagan como si fuera de oro.

—Sí, es como esos tahúres de naipes que te dan a escoger una carta cualquiera entre muchas, pero terminas cogiendo la que ellos desean que tomes; re crees libre pero no haces más que lo que quieren que hagas.

—Sí, conozco a esa clase de individuos y jamás jugaría a los naipes con ellos.

—Ni yo escogería a una chica entre las que me ofreciera una proxeneta que se las da de VIP porque terminaría llevándome la que ella hubiera seleccionado para mí.

—De modo que esa Valery Sachie puede ser una personita interesante…

—Usted lo ha dicho en más de una ocasión, comisario Fournier: Si quieres derribar a un gigante, busca su punto débil.

—Y el punto débil puede ser Valery Sachie. —De pronto achicó los ojos para preguntar—: ¿Y qué gigante supones que me interesa?

—¿Qué gigante? —Armé esbozó una sonrisa cínica—. Usted me

ha dado una lista y el punto más débil puede ser esa chica.

—Claro, claro. Tienes otras cosas que hacer, ¿verdad, Armé?

—Pues hay dos identificaciones que…

—Sigue, sigue con ellas.

El comisario Fournier no tardó en abandonar su despacho, tenía muchos nombres y direcciones que le interesaban, pero especialmente una de ellas, ya que, sin un buen cargo, no se hubiera atrevido a llamar a la puerta de ninguna de las otras.

El edificio de apartamentos no era de lo más lujoso pero estaba muy bien, ya que su construcción era moderna, con un *self-service* en la planta. No obstante, los apartamentos se adivinaban pequeños, cuarenta o cincuenta metros cuadrados a lo sumo, apartamentos individuales y no para familias, apartamentos que posiblemente pagarían más que otras de tres y cuatro habitaciones de los construidos en las ciudades-dormitorio en torno a la gran ciudad.

Un conserje le interpeló:

—¿Adónde va?

Fournier se apresuró a mostrarle sus credenciales.

—¿Ocurre algo, comisario?

—Vengo a visitar a *mademoiselle* Valery Sachie. ¿Vive aquí, verdad?

—Sí, en el cuarenta y cuatro. ¿Sucede algo con ella?

—No, solo vengo a visitarla. ¿Está en su apartamento?

—No, no está; no obstante, me aseguraré, no hubiera subido directamente desde el parking subterráneo, aunque con este monitor veo las entradas y salidas al parking. —Le señaló un pequeño televisor permanentemente encendido.

—Compruébelo.

El conserje llamó por el interfono, nadie respondió.

—No ha llegado aún. ¿Le digo que le llame a usted?

—No, mejor la espero.

—Como desee, comisario, ahí tiene una butaca, aunque *mademoiselle* Valery no vuelve a un horario fijo. Es modelo y acude a muchas tiestas.

El comisario Fournier estaba hecho a toda clase de esperas; sin embargo, no era frecuente que un comisario se dedicara a esperar, podía hacerlo cualquiera de sus agentes o inspectores, lo que hizo pensar al conserje que si estaba allí debía ser por algo importante.

Por ello, vigiló especialmente el monitor que controlaba por circuito cerrado de televisión la entrada al garaje del edificio. Entraron y salieron varias personas del edificio de apartamentos.

—¡Comisario!

Se volvió hacia el conserje.

—¿Ha llegado ya?

—Acaba de entrar en el parking con su coche.

—No le diga nada, la esperaré a la puerta de su apartamento.

—Lo que usted quiera.

—Cuarenta y cuatro, ¿eh?

—Sí, eso es.

Con el dorso de la mano, el comisario Fournier se atusó el bigote y se metió en el ascensor pulsando el botón correspondiente a la cuarta planta. Se encaminó a la puerta cuarenta y cuatro y se detuvo.

La luz era escasa pero suficiente, podía calificarse de discreta. Posiblemente, entre los que ocupaban aquellos apartamentos, pocos se conocieran entre sí ni descaran conocerse.

El edificio disponía de tres ascensores. No tardó en abrirse la puerta de uno de ellos y aparecieron un hombre y una mujer. Ella era alta, esbelta, rubia platino, de busto arrogante y sonrisa provocativa.

El comisario Fournier ni se fijó en el individuo que iba con Valery Sachie.

—¿*Mademoiselle* Sachie?

—Sí.

—Magnífico, así podremos hablar.

—Eh, oiga, yo estoy con ella —le advirtió el sujeto que la acompañaba y que, obviamente, había bebido de más.

El comisario hubiera jurado que la bebida tomada era champaña y, posiblemente, la chica resistía mejor que el hombre aquella clase de bebida.

—Usted, lárguese.

—Eh, ¿cómo se atreve a tratarnos así? —protestó Valery.

—Sí, eso, ¿cómo se atreve? —masculló el hombre—. Estaba conmigo, es decir, yo estoy con ella. Si le gusta, llámela mañana, así que a cerrar bragueta.

Antes de que pudiera continuar, el comisario mostró su carnet y

encendió el mechero delante para que lo leyera sin dificultad.

—¿Quiere hacer el favor de ser usted el que cierre la bragueta y dejar de molestar? Tengo que hacerle unas preguntas a la señorita Valery, claro que si usted también está complicado en el asunto…

—¿Complicado en el asunto, qué asunto? Oiga, que yo no sé nada. Valery, ya te llamaré.

—¡Espera, espera! —protestó ella tratando de alcanzarle mientras el tipo se metía en el ascensor, desapareciendo tras la puerta metálica.

—*Mademoiselle,* no llore porque un cerdo no se la coma. Usted es muy hermosa y no le faltarán clientes.

—¡Es usted un, un…!

—¿Por qué no me lo dice dentro de su apartamento?

—¿Con qué derecho me asalta? ¡Soy una ciudadana!

—Naturalmente que es una ciudadana. Yo solo quiero hacerle unas preguntas, se las puedo hacer en su apartamento y luego me marcho o se viene conmigo a la comisaria y allí le tornarán los datos y…

—Está bien, es tú bien, pasemos a mí apartamento, después de todo, el pájaro ya ha volado.

—Veo que es usted consecuente, *mademoiselle*. Colaborar siempre es bueno.

El apartamento tenía una sola habitación, un *living* con un simulacro de cocina y el vestidor-aseo. No era gran cosa pero si muy elegante y estaba situado en un barrio residencial de la ciudad, lo cual era importante.

Con todas las luces encendidas y la persiana bajada, Valery Sachie se centró en el salón, se encaró con el comisario y silabeó desafiante:

—Yo no he cometido ningún crimen, no tengo líos con la policía. Pago mis, impuestos y soy modelo profesional sindicada. ¿Qué es lo que tiene contra mí? Si se trata de una calumnia, llamaré a mí abogado y haré que le hunda, se lo juro, haré que le hunda.

—Amenazar a un representante de la ley es un delito —observó paciente el comisario Fournier, tomando posiciones y dando la impresión de que en el apartamento de la mujer él se sentía más seguro y más a sus anchas que ella misma. Se arrellano en una de las mullidas butacas tapizada con pana azul y añadió—: Pero por el

momento no hará falta que llame a su abogado si no sigue amenazándome.

Todavía resentida por haber visto cómo volaba su acompañante, que posiblemente le hubiera dejado en el bolso un buen puñado de francos, se dejó caer en el sofá cruzando las piernas sin importarle mostrarlas generosamente.

—Está bien, pregunte, pero intuyo que no viene a por mí y si cree que voy a denunciar algo, va listo, porque yo no sé nada de nada.

Sonrió ahora abiertamente, en tono de burla, como si hubiera encontrado su posición en la pelea que intuía se iba a entablar.

—¿Dónde estuvo anoche?

—¿Anoche? Pues, pues, ahora que lo dice…

—No mienta, no le servirá de nada, pregunto por puro formulismo. —Encendió un cigarrillo.

—Si ya lo sabe…

—Deseo confirmaciones, nada más.

—Pues, pues —vaciló— estuve en una fiesta privada.

—Lo sé, continúe.

—¿Para qué seguir, si usted lo sabe todo?

—¿Y qué es todo?

—Ya comprendo… Sabe algunas cosas y quiere que yo siga hablando, así tendrá todos los hilos.

—¿Hilos de qué?

—Oiga, comisario, ya me ha estropeado usted la noche.

—Estuvo en el palacete de la duquesa Carla Giacomonova, ¿no es cierto? Ya ve que la estoy ayudando a recordar, *mademoiselle*. —Lanzó una columna de humo hacia el techo.

Valery Sachie ignoraba que el comisario, tras su aparente seguridad, estaba muy nervioso y tenía que controlarse para no dejarse llevar por su deseo apremiante de conocer y conocer detalles.

El viejo policía había aprendido a controlarse en su difícil profesión en la que había tenido que enfrentarse a sujetos muy duros y escurridizos.

—Pues sí, estuve en el palacete de la duquesa Carla Giacomonova, una mujer excepcional.

—¿Le gustó el postre?

—¿El postre? No sé a qué se refiere.

—Sí, *mademoiselle*, me refiero al pastel.

—Pues yo había bebido un poco y creo que no tomé pastel.

—Me extraña, los pasteles de la Gaviota son excepcionales.

—¿Qué es lo que sucede, comisario, es algún delito asistir a una fiesta privada? Allí éramos muchos.

—Lo sé, muchos y gente importante. Usted no lo es, desde luego.

—Hombre, gracias.

—No, a usted la duquesa o su secretario, ese Gorniev mitad Rasputín mitad fantoche macabro, seguro que la contrató como animadora para que los comensales se distrajeran. Sus atributos femeninos saltan a la vista y una orgía sabatina sin bellezas que magrear no tiene gracia.

—¿Cómo se atreve usted? ¿Me ha llamado furcia?

—No, no por ahora, pero si se empeña…

—¡Llamaré a mí abogado! —amenazó, poniéndose en pie.

—Come quiera. Si él llega, oficializaremos la situación y ya veremos cómo termina, claro que si prefiere que solo sea una charla amigable y usted no está implicada en nada, yo me marcho luego y asunto concluido.

—Si es así…

Ella desvió la mirada pero lo controló de reojo. Se acercó a la nevera y sacó unos cubitos que metió en dos vasos altos. Vertió *whisky* dentro de ellos y le tendió uno al comisario.

—Como la situación es amigable, supongo que podrá tomar un *whisky*.

—Sí, ¿por qué no?

Agitó los cubitos de hielo dentro del vaso y tomó un sorbo, paladeándolo.

—No hay como ganar el dinero fácil para comprar las mejores marcas de todo. A quienes les cuesta de ganar la plata, se miran más la forma de gastarla.

—Sólo vivimos una vez, comisario. ¿Para qué comprar *whisky* malo si podemos beber del bueno? Además, mis amigos son gente importante y una bebida de mala calidad la rechazarían de inmediato.

—Claro, claro, hay que cuidar a las amistades de postín. —Volvió a tomar otro sorbo—. Sigamos, le estaba preguntando por el

pastel de ayer noche.

—Ah, sí, el pastel. ¿Y qué podría tener de importancia?

—Eso, usted sabrá.

—Bueno, era la primera vez que asistía a una de las fiestas. Me invitaron y me pareció oportuno acudir. No voy a decir que fuera una cena de santos, era una cena extraña, hay gente que se divierte de una manera muy rara. Le voy a ser sincera, yo fui allí porque todo era como un carnaval, pero cuando vi el postre que a usted le preocupa, me asusté.

—Se refiere al ataúd y su contenido, ¿no es cierto?

—Sí, había bebido y comido bastante. No suelo hacerlo porque tengo tendencia a engordar, pero la situación se prestaba, la cena estaba animada dentro del cariz macabro que pretendían darle, pero lo del postre si fue espectacular. Imagínese, un hombre joven y desnudo metido en un ataúd y teníamos que comérnoslo.

—¿Un hombre joven?

—Sí.

—¿Seguro que no era una chica?

—No, no, era un hombre, si lo sabré yo, me comí… —Se echó a reír—. Bueno, que era un hombre.

—Siga, siga.

Valery se bebió la mitad del contenido de su vaso, parecía abocarse a las confidencias ya que el comisario no se comportaba rudamente con ella.

—Pese a que estaba un poco cargada, ya me comprende, sentí miedo. Hablaban de asimilación, de comerse a un ser humano como si fuéramos antropó… eso.

—Antropófagos —completó el comisario.

—Eso es. Vi la película del avión que se cayó en América del Sur y me dio mucho asco, eso de comerse a los muertos me parece una barbaridad, pero resultó que el muerto era un pastel. Nadie lo hubiera creído nada más verlo.

—Sí, la comprendo. Son unos pasteles perfectos los que sirven en las orgias que la Gaviota celebra en su palacete.

—¿Por qué la llama siempre la Gaviota?

—Porque ese es su apodo. Ahora dígame, ¿quién se supone que era el muerto convertido en pastel?

—Pues dijeron que era un genio y que teníamos que asimilar su

superinteligencia.

—¿Había que comerse al genio para convertirse todos en superinteligentes?

—Eso es.

—¿Y el nombre de ese genio?

—Pues creo que lo dijeron…

—Me interesa conocerlo.

—Espere, espere… —Se apretó las sienes dejando el vaso sobre la mesita de centro. Al fin, dije—: Abel, Abel Bougene, eso es, Abel Bougene.

—¿Está segura?

—Lo dijeron varias veces. Iba un poco cargada, pero lo recuerdo porque me dije que al tal Abel Bou gene iba a molestarle que su nombre y su figura fuera tratada de semejante forma. Era para espeluznarse, estábamos todos convertidos en unos caníbales, solo que el hombre que nos comíamos era de pastel, menos mal. Le juro que si llega a ser de verdad, me muero. Soy libre en muchas cosas, pero en lo tocante a los muertos… —Se estremeció como si un escalofrío recorriera su espalda de arriba abajo.

—Está bien, por hoy es suficiente. No comente con nadie esta conversación, si lo hace podría considerarlo obstrucción a la justicia.

—¿Quiere denunciar a la duquesa Giacomonova?

—No, por ahora no hay cargos. Todo el mundo que lo desee puede comer pastel, lo de menos es la forma. ¿No cree, *mademoiselle*?

Ella, más tranquila, sonrió y se bebió el *whisky* que le quedaba en el vaso.

El comisario Fournier abandonó el apartamento. Tomó el ascensor y descendió al vestíbulo. Se detuvo junto al conserje para encender un cigarrillo, a sabiendas de que el hombre le observaba preguntándose si había ocurrido algo desagradable con la chica del cuarenta y cuatro.

—¿Tiene teléfono con línea directa hacia la calle?

—Sí, sí. —Lo puso sobre el mostrador.

El comisario disco unos guarismos y esperó.

CAPÍTULO V

El timbrazo del teléfono le despenó. Antes de desahorquillarlo, miró su reloj de pulsera.

—Las ocho… —rezongó.

En el despertador de la mesilla faltaba un minuto para las ocho. Comoquiera que el teléfono seguía sonando lo descolgó.

—Aquí el comisario Fournier.

—Comisario, soy Arme.

—Ah, hola, muchacho. ¿Qué has averiguado de lo que te encargue ayer?

—No mucho.

—Suelta lo que sea. Para eso me has despertado, ¿no?

En aquel instante sonó el timbrazo largo, eterno, del despertador.

—¿Sucede algo, comisario?

—No, no hay ninguna alarma disparada, es el despertador que suena ahora. Sigue, Armé.

—Ese Abel Bougene del que me habló es belga.

—¿Belga, seguro?

—Sí. Precisamente la policía belga ha lanzado una llamada a la nuestra ante la posible desaparición del doctor Bougene.

—¿Doctor? ¿Es médico?

—No, es uno de esos tipos que tienen varios doctorados, físico, matemático, bueno, un genio.

—Sigue, sigue. Sabía que era un genio, ¿qué más? —inquirió ansioso, sentándose en la cama.

—Debió regresar a Bruselas en el avión de anteayer y no lo hizo. Su familia se ha extrañado y ha cursado una llamada a la policía. Como que él tomó el avión hacia nuestro país y se tiene constancia de su desembarco en nuestro aeropuerto, han cursado la petición de búsqueda.

—¿Qué más se sabe de él?

—Pues aparte de que solo tiene veintiocho años, que está sano, es superinteligente, no llevaba maleta consigo n¡gran cantidad de dinero, que no aparece.

—¿Has buscado en hospitales y comisarías?

—Ha sido lo primero que he hecho y no está en ninguna parte, es como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Sigue buscando a ese hombre por dónde haga falta, aunque tengas que levantar los ladrillos de las casas. Hay que ayudar a nuestros colegas belgas.

—Comprendido, comisario. ¿Necesita algo más?

—¿Algo más?

—Sí, bueno, ¿le fue bien con esa chica, Valery Sachie?

—Sí, me fue bien, ella me dio el nombre de Abel Bougene. Armé, creo que estamos atando cabos y el fracaso puede que al final se convierta en triunfo.

—¿Se refiere al caso de la Gaviota?

El comisario no quiso ni afirmar ni negar, solo insistió:

—Sigue investigando, hay que saber los pasos que dio el doctor Bougene. Es muy importante, quiero saber todo lo que hizo desde que desembarcó del avión. Pregunta a todo el que haga falta en el aeropuerto, yo llegaré un poco más tarde al despacho. He de hacer una visita muy importante esta mañana. —Y colgó.

Lanzó un resoplido como si hubiera hecho un alto en un largo camino que hubiese representado un gran esfuerzo.

—Te atraparé, Gaviota, y al final te retorceré el pescuezo.

Más recuperado por el sueño y los últimos datos recibidos, saltó de la cama y se metió bajo la ducha.

Una hora más tarde abandonaba su casa en el automóvil.

No vio a Anne-Marie que no estaba en casa. Se dirigió a las afueras de la ciudad y pasaban de las nueve y media cuando se enfrentó con la sólida verja que cerraba el muro que a su ve2 circundaba el palacete de la duquesa Giacomonova.

Tocó el claxon con insistencia hasta que los perros saltaron feroces contra el enrejado de la puerta, ladrando como demonios. Burlón, como si pudieran entenderle, el comisario les dijo:

—Ladrad, ladrad, a mí no me comeréis. Ya me gustaría llevaros

a la perrera también a vosotros.

—¿Qué desea? —inquirió el portero tras hacer callar a los perros con unas órdenes secas.

—Soy el comisario Fournier, vengo a hablar con la duquesa.

—Un momento, comisario.

Se metió en la caseta para hablar por teléfono. Al poco volvió a salir.

—En estos momentos la duquesa no puede recibir a nadie. Llame usted por teléfono después de las cuatro de la tarde.

—Dígale a la duquesa que es importante que hablemos ahora. Un amigo en común ha desaparecido.

El vigilante volvió a llamar y los perros comenzaron a ladrar de nuevo, como si el tiempo de permanecer callados hubiera pasado.

El guardián regresó, sujetó a los perros con cadenas dándoles órdenes tajantes y abrió la verja para dejar que el automóvil del comisario se introdujera en el recinto privado.

Para el comisario, cruzar aquella verja era ya un triunfo. Otro, en su lugar, no habría querido ni verla de lejos después de su fracaso, de las burlas, de las carcajadas y de las repulsas y amenazas de la superioridad.

Lo más lógico habría sido no complicarse la vida y olvidar el asunto de la Gaviota necrófaga, pero el comisario Fournier era terco, demasiado terco para admitir una derrota en toda la extensión de la palabra sin investigar más.

Estaba seguro de que la duquesa Giacomonova se habría enfurecido ante su inesperada visita. La mujer ya casi habría olvidado al comisario creyéndolo humillado, aplastado en su enana ridiculez, más de pronto reaparecía, insistiendo en verla, incluso amenazándola.

Sonrió tras el parabrisas. Ya tenía un cabo y tiraría de él, pero iba a decírselo a la duquesa. L a lucha entre ambos sería más emocionante de esta forma.

Dejó el coche y un criado le atendió, era el mismo que le recibiera la vez anterior. Le miró con ojos desdeñosos y le sonrió casi con desprecio, él que vestía levita de siervo.

—Sígame, *monsieur* comisario.

Alzando el mentón y atusándose el bigote con el dorso de la mano, el comisario Fournier le siguió hasta el despacho de la

duquesa.

No estaba sola; cerca de ella se hallaba el tétrico Gorniev, que daba la impresión de ser un cuervo a la espora de engullir la carroña. Hundido en la butaca había otro hombre, desconocido por el comisario Fournier, y tras la mesa, con una ampulosa bata llena de plumas blancas, estaba la Gaviota.

—¿A qué se debe su visita, comisario? No me agrada que me molesten por las mañanas, creo que se lo habrá dicho mi portero.

—En efecto, me lo ha dicho su portero, pero he pensado que debía hablar con usted ahora. Yo también tengo mis ocupaciones profesionales que cumplir, ocupaciones obviamente más importantes que las suyas. Me imagino que su excelencia estaría ocupada en dormir o preparándose para salir de compras.

—¿Cómo se atreve? —inquirió mordiendo las palabras.

—Duquesa, busco a un hombre que ha desaparecido.

—¿Y espera encontrarlo aquí? —preguntó Gorniev con sarcasmo y condescendencia.

—Es posible. Se llama Abel Bougene, un doctor joven, un superdotado, pero quizá de eso ustedes sepan más que yo.

—¿Nosotros? —preguntó ella.

—Sí, ustedes. Este superdotado belga ha desaparecido y hemos recibido orden de búsqueda por parte de nuestros colegas los policías franceses. El joven genio no aparece por parte alguna, tenía que haber regresado de Bruselas y no se sabe nada de él.

—¿Y por qué viene a buscarlo a mí palacete? —preguntó la duquesa moviendo sus hombros debajo de las plumas de su bata, que resplandecía dentro del despacho pese a la escasa luz que entraba por la ventana.

—¿No celebraron la otra noche una cena necrófaga dedicada precisamente a Abel Bougene para asimilar su genio? —Al comisario no se le escapó la palidez que de pronto invadió el rostro de la mujer y prosiguió—: No creo que se les haya olvidado que la bacanal la dedicaron a la macabra figura de Abel Bougene, metido en un ataúd y ya listo para comérselo.

—Comisario, usted irrumpió en una de mis cenas privadas y sabe perfectamente que solo hacemos parodias de necrofagia, que los supuestos muertos no son más que figuras de pastel que se reparte entre mis invitados.

—Pero ¿por qué tenía que ser la figura de Abel Bougene?

—No lo recuerdo. Quizá a alguien se le ocurrió que debía de parecérsele.

—¿A alguien? ¿A quién concretamente?

Gorniev salió en ayuda de la condesa, puntualizando:

—Es difícil saberlo, en la cena utilizamos antifaces.

—Yo me inclino a creer que la bacanal necrofágica se montó a base de esa figura y para que el pastel saliera bien deberían tener al modelo muy cerca, de modo que será bueno interrogar al pastelero para que diga de dónde lo copió. No olviden que Abel Bougene ha desaparecido y tengo que encontrarle.

—No pensará que está aquí, en mi palacete, ¿verdad?

—Pues ¿qué quiere que le diga? Me inclino a creer que sí, y aunque usted conozca a mucha gente importante, tengo razones muy poderosas para pensar que está aquí, o estaba, si no se lo han comido. Siempre se podrá encontrar alguna prueba de su paso por este lugar, la policía tiene muchos sistemas de comprobación. ¿Qué le parece si llama a su pastelero privado para que le pueda interrogar? Comprenderán que la familia de ese joven superdotado está muy impaciente porque regrese.

La duquesa lanzó una mirada a Gorniev, como pidiéndole consejo.

Quien habló a continuación fue el hombre que hasta aquel momento no había pronunciado una sola palabra y que se hallaba encajado en la butaca.

—Si desea interrogar al pastelero, cítelo en comisaría; ahora puede ser dificultoso localizarlo.

—¿Y usted quién es? —preguntó el comisario, encarándose con él.

La duquesa le presentó;

—Es el abogado Pionnier, lleva todos mis asuntos legales, de modo que cuando desee volver a molestarme, diríjase a él, será más cómodo para todos. Ahora, si no tiene nada más que decirme…

—¿Le parece poco, duquesa? Abel Bougene ha desaparecido, eso es un hecho y también es un hecho y con testigos que usted celebró una bacanal necrofágica con ritual de asimilación y el plato fuerte era el desaparecido. Si han hecho ustedes una figura parecida a Abel Bougene, quiere decir que él estuvo aquí antes de desaparecer,

por lo que parece justo que el palacete sea registrado desde la buhardilla hasta el sótano.

—Para registrar mi palacete, *monsieur* comisario, necesitará usted una orden judicial de registro y me temo que le va a costar mucho obtenerla.

—Es posible que me cueste, pero soy muy terco, duquesa, y como usted no me permite registrar su palacete amistosamente, conseguiré esa orden. Imagino que mientras tanto usted tendrá tiempo de quitar restos, de limpiar todo lo que pueda comprometerla, pero siempre queda algo, le aseguro que siempre queda algo. Fíjese si estoy seguro de ello que me permito el lujo de advertírselo. Será bueno que también me toque a mí reír en alguna ocasión.

—Comisario, si quiere una prueba de su estupidez, aquí la tengo.

La duquesa introdujo la mano en un cajón y sacó una pistola del calibre muy grueso que apuntó al pecho del representante de la ley.

—De modo que ya se siente perdida.

—No, solo quito un estorbo de en medio.

Tras aquellas palabras apretó el gatillo y se produjo como un taponazo.

El comisario notó que algo le punzaba en el pecho y se llevó la mano adonde se sentía herido. Cogió una cápsula que se arrancó él mismo. La cápsula tenía un aguijón.

—¡Está perdida! —rugió.

El comisario trató de sacar la pequeña pistola que solía llevar consigo, más el abogado Pionnier se lo impidió.

—La cápsula se ha vaciado, comisario —silabeó la duquesa Giacomonova con una sonrisa de triunfo.

Sintió un súbito y violento mareo que le hizo tambalearse con gran sensación de vértigo.

—La he cogido, Gaviota, la he co… co…

Se desplomó sin poder decir nada más.

—Se ha dormido —observó la duquesa, levantándose de la butaca para acercarse al caído.

—Ha sido un riesgo innecesario —opinó Gorniev—. Sólo estaba fanfarroneando, no hubiera encontrado nada importante.

—¿Nada? ¿Y mis figuras de cera? Cada una de ellas representa a un desaparecido, habría sido difícil explicar su existencia.

—También puede ser difícil explicar la desaparición del comisario Fournier —le observó ahora Pionnier.

Parecía el más inofensivo de todos y, sin embargo, participaba en rodo. Le iba muy bien su aspecto de profesor afable y paternal para que las víctimas no recelaran de él.

—Se me ha ocurrido un plan especial para este estúpido perro de presa.

—¿Un plan? ¿Qué clase de plan?

—Verás cómo te parece bien cuando te lo cuente. Será muy divertido.

Se echó a reír satisfecha de lo que estaba imaginando.

El comisario no pudo oír por segunda vez las carcajadas de la macabra Gaviota, porque acababa de ser narcotizado violentamente, ni siquiera podía soñar en la difícil situación en que se hallaba metido.

CAPÍTULO VI

Michel Armé dormía profundamente cuando sonó como una estridente alarma el teléfono colocado en su mesita de noche.

Rodó sobre sí mismo, ya que estaba durmiendo de lado y precisamente con el lado opuesto adonde estaba el teléfono. No era ni machísimo menos la primera vez que el teléfono le despertaba de madrugada. En varias ocasiones había tenido que levantarse apresuradamente, remojarse la cara para no darse de cabeza contra las paredes y salir del apartamento dando un portazo, meterse en la caja del ascensor y buscar el coche casi a tientas.

—Aquí Michel Armé. Si se ha equivocado cuelgue y marque con cuidado la próxima vez —mascullló con los ojos cerrados y sin más luz que la que se filtraba por la ventana y que era muy escasa.

—Michel, Michel, soy Anne-Marie.

—¿Anne-Marie?

—Sí, despierta.

—Espera… —Bostezó con fuerza como si pudiera expulsar el sueño a través de la boca, como si fuera aire metido en su cuerpo—. ¿Ha sucedido algo?

—Michel, ¿qué sabes de papá?

—¿Tu padre?

—Sí, el comisario.

—Oye, Anne-Marie, me estoy preocupando más de tu padre que si fuera una hijita mía. Ni que fuera Caperucita Roja perdida en la ciudad…

—Está bien, cuelgo.

—Espera, Anne-Marie, espera, solo era una broma… —Hubo unos instantes de silencio; Michel Armé estaba seguro de que la joven seguía al otro lado del aparato—. Vamos, Anne-Marie, supongo que no estás para bromas, pero piensa que estaba profundamente dormido.

—Disculpa, soy una tonta.

—No, no es eso.

—Papá no ha pasado por casa.

—Sé que tenía unas investigaciones que llevar a cabo personalmente.

—¿Peligrosas?

—No lo creo, pero nunca se sabe. Cuando un policía investiga siempre puede encontrarse con una desagradable sorpresa.

—¿Crees que ha podido pasarle algo?

—No, no he querido decir eso. ¿Quieres que vaya a verte?

—Si no te importa, hablaríamos. No puedo dormir. Claro que será mejor que no me hagas caso, tú tienes que presentarte mañana en el comisariado.

—Y tu padre también, iré a verte. Pero antes daré unas vueltas a ver si le encuentro, de modo que si tardo un poco no te inquietes; claro que me expongo a una bronca por parte de tu padre.

—Te esperaré, Michel.

La voz cálida de la mujer pidiéndole ayuda le hizo saltar de la cama.

Metió la cabeza bajo el grifo y se preguntó si debían sentirse así los paladines medievales cuando tenían que salir a medianoche a salvar a las doncellas. Claro que, analizando la situación, él no salía a salvar a ninguna doncella, sino a buscar al padre de la doncella que debía haberse perdido en la gran ciudad.

Ya más despejado, llamó al comisariado, donde un agente que hacía la guardia nocturna le respondió:

—No, no ha venido por aquí.

—¿En ningún momento?

—Yo no lo he visto.

—Está bien. Si aparece, dile que llame a su casa.

—De acuerdo.

Michel Armé salió a la calle y se dirigió al *self-service* donde el comisario solía comer algo cuando no tenía tiempo para ir a su casa; pero el local estaba cerrado como la mayoría de los establecimientos a aquella hora tan intempestiva.

Buscar el coche del comisario Fournier por las calles de una gran ciudad que albergaba a más de diez millones de habitantes, era una auténtica locura. Circulaban pocos automóviles, la mayoría de ellos

estaban estacionados abarrotando las calles, subidos en las aceras y metidos en los agujeros más inverosímiles.

Michel tenía una sospecha sobre lo que hacía el comisario por las noches; en una ocasión lo había seguido a distancia y le vio dirigirse a la carretera que conducía al palacete de la duquesa Caria Giacomonova. Era lógico que estuviera obsesionado por un asunto que le había proporcionado el mayor disgusto de su vida profesional.

Salió de la ciudad y se dirigió al palacete al que llegó media hora más larde.

Rodó despacio sobre el asfalto, mirando a un lado y a otro, buscando el vehículo del comisario Fournier, que hubiera reconocido de inmediato, nada más verlo, pero no lo descubrió por parte alguna.

El paraje resultaba muy solitario. De cuando en cuando se le cruzaba un automóvil, cegándole con sus faros.

Michel Armé solo vio una ventana iluminada en la masa oscura del palacete. Hacía frío, mucho frío. El cielo estaba despejado; los suelos de tierra se hallaban húmedos, pero el asfalto seco.

Rodó unos cien metros, rebasando la verja del palacete por si el comisario se hallaba más lejos. No lo encontró y aprovechando un camino vecinal, dio la vuelta.

Por el carril contrario al que rodara anteriormente, regresó despacio, colocando el intermitente derecho por si algún automovilista le venía a gran velocidad por la espalda, tuviera en cuenta el intermitente y se abriera hacia el centro de la calzada, ya que de noche resultaría difícil averiguar la velocidad del vehículo preceden le.

Molesto por no hallar ni rastro del comisario Fournier, regresó a la ciudad pisando el acelerador.

Anne-Marie le recibió vestida con sus pantalones tejanos y un grueso jersey que se ceñía a su cuello. Sólo le faltaba ponerse la gabardina forrada que tenía, para lanzarse a la calle en busca de su padre.

Michel Armé, no sabía por qué, había imaginado que encontraría a la hija de su jefe cubierta con un vaporoso deshabillé, ojos tiernos y pidiendo— protección; pero la chica parecía muy despejada, por lo menos tenía los ojos más abiertos que los del

propio Michel Armé.

—No lo he encontrado, pero seguro que solo hay que esperar para que aparezca. Todos sabemos que hay algunos asuntos que le gusta llevarlos personalmente.

—Quieres engañarle, ¿verdad, Michel? Creí que podía confiaren ti…

Michel notó la boca seca, quizá era la temperatura bastante alta de la casa del comisario.

La calefacción debía funcionar a tope y la humedad se habría largado a otra parte. En la calle hacía mucho frío, un frío húmedo que se metía entre la ropa buscando acuchillar la carne y al pasar al calor de un apartamento tan confortable, sufría en consecuencia una fuerte sed que de durar rayaría en el ahogo.

—¿Tienes algo para beber? Me refiero a cerveza, se me ha secado la garganta.

—Sí, disculpa. Después de todo, yo te he levantado de la cama. Creo que me estoy comportando como una niña mimada, acostumbrada a que le den todo lo que exige y enseguida.

—No, no es eso, es que tenéis mucho calor en vuestro apartamento —dijo él, mitad sincero y mitad hipócrita.

Después de todo era cierto. Anne-Marie le había arrancado de sus benditos sueños, lo había lanzado a la noche de la gran ciudad y ahora le exigía explicaciones al no haber tenido éxito en sus pesquisas. Si cualquier comisario se hubiera comportado de igual forma con sus subordinados, se le habría acusado de déspota.

—¿Prefieres un vaso de leche fresca? —preguntó la chica desde lejos, Michel supuso que desde la cocina.

—No, no, leche no. No soy americano y ya he crecido.

Michel sabía que la leche, cuando pasaba de un cuarto de litro al día, le sentaba más mal que bien, pero no entendía por qué a muchas mujeres les daba la manía de ofrecer leche a todo el que se le presentaba en su casa. ¿Sería por un latente y nunca satisfecho instinto maternal, o porque habían leído en alguna revista que era muy alimenticia?

Claro que las más jóvenes y más pseudo-progresistas habían dejado a un lado la leche de vaca y ofrecían alcohol a todas horas, alcohol, tabaco, «porros», cuando en muchas ocasiones lo mejor era tomarse un zumo de limón o naranja o una refrescante cerveza de

bajo porcentaje alcohólico, como las cervezas autorizadas en las autopistas.

—¿Qué piensas? —le preguntó Anne-Marie, arrancándole de sus disquisiciones.

—Divagaba, suele pasar cuando me desvelo.

—Lo siento, es culpa mía.

—No, no —protestó Michel, deseoso de que ella no se molestara. Bebió la mitad del vaso de cerveza de un solo trago.

—Es que papá se ha marchado por la mañana, se ha pasado el día fuera sin dejar aviso alguno y por la noche tampoco ha regresado. Como no ha dejado ninguna clase de aviso, estoy preocupada.

—Lo cierto es que tampoco ha dejado ningún aviso en el comisariato y es un poco extraño, por eso he salido a buscarle —dijo en tono grave, fijándose en los labios de Anne—. Marie, unos labios que no eran grandes y sí muy bien perfilados, cargados de calor, de vida, de juventud.

Se sintió súbita y casi ferozmente atraído por aquella boca. Era de noche, estaban solos en el apartamento. Por unos segundos, se alegró de la ausencia del padre, un hombre al que respetaba.

Por su parte, la joven se dio cuenta de que él no miraba a los ojos, sino a la boca, y su intuición femenina le advirtió de lo que el hombre sentía y deseaba en aquellos momentos.

—¿Por qué no te sientas en esa butaca y me dices lo que pasa con mi padre?

Michel captó que ella le distanciaba y se bebió el resto de la cerveza. Con un pañuelo se secó los labios.

—No ternas, no voy a comportarme groseramente. Sé que estás preocupada y que si me has llamado es para pedirme ayuda, no interpreto tu llamada torcidamente.

—Michel, yo no te he reprochado nada.

—Pero Ir, has pensado y te has preocupado.

—Creo que estoy muy nerviosa y te he contagiado mis nervios.

—Te diré que sería un placer para mí jugar al amor contigo, pero sé que no es el momento. —Suspiró—. Qué le vamos a hacer, tengo impulsos animales difíciles de reprimir y tú te has dado cuenta. Por un instante me has tenido miedo.

—¿Miedo? —Ella sonrió—. No soy una ñoña aunque a ti te

parezca una chica bien, digamos que excesivamente mimada por su padre.

—Chicas bien, demasiado mimadas por su padre, no suelen ser ñoñas precisamente. Acostumbradas a tener todos los goces pequeños, exigen los grandes y se los toman. Te lo puedo decir porque algunas van por comisaría. Claro que son la minoría, porque las más son rescatadas por su familia antes de que metamos las narices los de la policía. Pero dejemos a un lado los sentimientos que la noche y la soledad provocan para centrarnos en lo que de verdad interesa: la desaparición de tu padre.

Los ojos femeninos brillaron de forma especial. Era cierto que por unos instantes le había temido, y le había temido porque a su vez lo deseaba. Era el sentimiento de las hembras que saben que el macho que tienen delante es el que desean, ya que la mujer que por un instante no teme al hombre, ese hombre no temido deja de interesarle.

Y si como en aquella ocasión el hombre demostraba saberse controlar, sujetar sus deseos y pasiones para centrar sus esfuerzos en cumplir lo que la hembra le pedía, el miedo daba paso a la admiración, y de admiración brillaron los ojos de Anne-Marie, admiración y demolición de toda muralla de resistencia.

CAPÍTULO VII

El conserje, a instancias de Michel Armé, repitió la llamada por segunda vez y aguardó con el auricular pegado al oído.

—No responde.

—Pues está en su apartamento.

—Quizá haya salido.

Anne-Marie, que estaba a su lado, le miró interrogante; Michel no parecía dispuesto a abandonar e insistió:

—El coche está en el garaje y ella debe estar en su apartamento.

—En ocasiones ha salido sin el coche.

—Está bien, comprobémoslo. Usted tendrá una llave maestra.

—Es que yo no estoy autorizado…

—Usted está autorizado a abrirles la puerta si llega el fontanero, el electricista o el pintor, ¿no?

—Sí, cuando me da aviso.

—Pues si se lo pide la policía no ponga obstáculos, vamos.

El conserje sabía que podía negarse, pero como antes ya había pasado por allí el comisario Fournier, pensó que el asunto en que estaba metida Valery Sachie podía ser feo, por lo que sería preferible colaborar con la ley.

Después de todo, si acababa en algún proceso como testigo, siempre podría alegar que le habían obligado bajo amenazas a abrir el apartamento.

Abrió una puerta metálica, discretamente oculta, y de ella sacó un manojo de llaves numeradas.

Michel Arme y Anne-Marie le siguieron; no pronunciaron una sola palabra al subir en el ascensor. El conserje estaba malhumorado, prefería conducir a hombres solos que estaban nerviosos de llegar cuanto antes y que después soltaban generosas propinas, preñadas de complicidad. La policía era otra cosa, aunque fuera acompañada de un rostro bello como el de Anne-Marie, cuya

identidad desconocía.

El conserje, previsor, llamó al timbre musical que pudo oírse claramente. Esperó y como disculpándose, dijo:

—Hay que agotar todas las posibilidades.

Pasaron los segundos y nadie se acercó a franquearles la puerta, por lo que se decidió a utilizar la llave de que era depositario.

El salón estaba a oscuras, aunque se filtraba la luz del día plomizo por entre la persiana.

—Huele como a fármaco.

—A spray de algo, diría yo.

—Hará falta ventilar un poco el apartamento —dijo por su parte el conserje, adelantándose.

Michel se acercó a la puerta del dormitorio. Hizo intención de llamar, pero se dijo que era estúpido hacerlo después de tantas llamadas como ya habían hecho.

Abrió la puerta y descubrió la cama desordenada cuando el conserje observaba:

—Parece que en el cuarto de baño hay luz.

Michel no llegó a cruzar el umbral del dormitorio y se dirigió al aseo. Abrió la puerta, que no se le resistió. Efectivamente, la luz estaba encendida.

Michel clavó de inmediato sus ojos en la bañera que parecía casi llena y teñida de rojo. Dentro estaba el cadáver de una hermosa mujer cuyos cabellos platinos se mantenían entre dos aguas.

Los ojos se hallaban cerrados y el rostro debajo del nivel del agua, ya no había burbujas.

—¡Dios mío! —exclamó Anne-Marie.

—¡Oiga, usted! —interpeló Michel al conserje—. ¡Venga!

El conserje dudó un poco. Al fin, más por curiosidad que por obedecer, se acercó.

—¡Qué horror! —exclamó ante tan desagradable espectáculo.

—¿Es *mademoiselle* Valery Sachie?

—Sí, sí, es ella. ¿Se habrá suicidado?

—Lo parece, pero no lo creo. Salgamos, no toquemos nada —dijo Michel, tras dar un vistazo por encima.

Suponía que las venas de las muñecas estaban cortadas y en el suelo había una hoja de afeitar ensangrentada. Se acercó al teléfono cogiéndolo por la circunferencia del auricular, de modo que dejaba

de tocar el resto por si había huellas. Discó el número de la comisaría y aguardó.

Por su parte. Anne-Marie se había quedado muy pálida.

Pese a ser la hija de un comisario de policía, era la primera vez que veía con sus propios ojos la violencia de la muerte criminal y había quedado tan impresionada que era incapaz de hablar.

A sus fosas nasales se había pegado el olor a sangre que flotaba en el ambiente del cuarto de baño.

* * *

El comisario Fournier tuvo la impresión de que se hallaba dentro de un gran calidoscopio.

Los colores eran cambiantes en torno suyo, rojos, azules, amarillos, verdes, naranjas. Las figuras geométricas, llenas de color, eran cambiantes también: octógonos, dodecaedros, hexágonos, rectángulos, pentágonos…

El comisario Fournier estaba inmerso en aquella sinfonía polícroma y geométrica que no se detenía y él parecía caer como pudiera hacerlo un paracaidista sin paracaídas, a caída libre.

En realidad no sabía si estaba arriba o abajo, era como flotar en el espacio con una gran sensación de vértigo que le producía fuertes náuseas que le obligaban a gemir.

Brusca mente, su viaje a través del calidoscopio se cortó a causa de la luz vivísima que le hirió las retinas, de tal forma que lanzó un grito de dolor.

—Ha tenido usted un mal viaje, comisario Fournier.

Sacudió la cabeza y parpadeó. De pronto, cobró conciencia de que había despertado de una de las más desagradables pesadillas de su vida.

La luz de un foco le daba de lleno en el rostro. El palacete de la duquesa Carla Giacomonova utilizaba en gran cantidad luces de velas, aceite y querosene refinado, pero poseía instalación eléctrica moderna. De ordinario se notaba, pero la duquesa hacia uso de la electricidad cuando le convenía, lo mismo que sus sirvientes.

—¿Se siente bien, *monsieur* comisario? —preguntó una voz varonil que reconoció de inmediato como la de Gorniev, el hombre que movía los sutiles y macabros hilos de las bacanales nocturnas

que celebraba la Gaviota.

El comisario Fournier se puso en pie con dificultad, Sus piernas no estaban firmes y lo que resultó peor, sus muñecas se hallaban bien sujetas por grilletes que a través de unas cadenas le unían a unas argollas fijas en el muro.

Las cadenas no le permitían dar más de un paso y todo el tiempo que había estado en el suelo había permanecido sentado y con la cabeza caída de lado sobre su pecho.

—¿Qué significa esto? —inquirió resoplando, vivamente enojado. Sacudió las cadenas haciendo tintinear los eslabones.

—Es usted mi prisionero, comisario.

—¿Su prisionero? ¿Cree que todavía estamos en el medioevo?

Como no dando importancia a las protestas del comisario, Gorniev preguntó:

—¿Cómo le ha sentado el «viaje»? A todos no les va bien, ha estado drogado un buen número de horas.

—Drogado, ¿verdad? Así se explica las pesadillas que he tenido.

—¿No se ha sentido bien? ¿No se ha liberado?

—¡Merde! ¡De nada le servirá retenerme aquí, solo soy un miembro de la policía y reemplazable, otros vendrán y no escaparán de la justicia! Sabía que sus fiestas eran bacanales macabras y criminales por las que pagarán muy caro.

—Está usted amenazando en vano, comisario —silabeó la duquesa acercándose a Gorniev, que se hallaba frente al condenado comisario, lejos de su alcance—. Su actuación es persona! Tenía clavada la espina del fracaso y ha continuado investigando particularmente, pero de nada le va a servir, su testigo ya no hablará.

—¿Mi testigo?

—¿No se acuerda de *mademoiselle* Valery Sachie? Bonita chica —comentó Gorniev.

—¡Yo no he dicho nada! —protestó Fournier intuyendo algo desagradable.

—Lleva su nombre y dirección en el bolsillo, por lo que hemos deducido que la ha interrogado.

—¡Yo no he dicho que lo haya hecho! —gritó de nuevo.

—No se preocupe, comisario, ya nos hemos asegurado de que no moleste más. La chica era solo una furcia pagada para animar la

fiesta.

—¿La han matado?

—Digamos que se ha suicidado, es más exacto.

—¡¡Asesinos!!

La duquesa Giacomonova siguió explicando:

—El coche de usted ha caído accidentalmente al río. La portezuela del conductor estaba abierta y la ventanilla bajada. Al caer al rio, seguramente usted habrá intentado escapar del coche para no morir dentro de él, pero, contusionado, se ha dejado arrastrar por la corriente y será muy difícil que le encuentren, lo mismo que el coche. De todos modos, pueden rastrear el río.

—Lo han preparado bien, canallas.

Gorniev, muy seguro de su victoria sobre el policía entrometido, agregó:

—Nadie le buscará en este palacete; nadie le vio entrar y tampoco nadie ha llegado preguntando por usted. Los accidentes de automóvil son algo constante en nuestros días y por ser tan frecuentes ya carecen de interés. Oficialmente, por lo menos, tendrá una muerte anodina.

—¡Muerte, no! —corrigió el propio comisario—. Será desaparición y las desapariciones, mientras no se encuentra el cadáver del supuesto desaparecido, nunca son casos bien cerrados.

—No se haga ilusiones, comisario —rezongó Gorniev, siempre sarcástico y muy seguro de sí—. Será olvidado por desaparecido, de usted no van a encontrar nada.

—¿A caso van a destinarme a una de sus horripilantes cenas?

—Le horroriza pensarlo, ¿verdad? —preguntó la duquesa, divertida.

—¡Son ustedes repugnantes!

—Sabemos que tiene usted una hija, comisario, una hija muy joven y hermosa, a juzgar por las fotografías que llevaba en la billetera.

—¿Mi hija?

Gorniev añadió:

—Sí, Anne-Marie. Ella sí puede ser un buen motivo para organizar un banquete de asimilación, lo que usted burdamente llamaría una orgía necrofágica.

El comisario Fournier sintió un estremecimiento antes de que la

rabia le invadiera, casi ahogándolo.

Pensar en su propia muerte a manos de aquellos asesinos rituales le producía una gran indignación, pero le enloquecía la idea de que Anne-Marie pudiera pasar por el terrible trance de ser devorada por aquellas gentes ansiosas de diversión, porque solo era una burda, indigna y trágica diversión lo que ellos buscaban.

Las fiestas debían de producirles hastío; allí, en cambio, gozaban de lo prohibido y toda la bacanal criminal se enmascaraba bajo un ritual diabólico en el que ninguno de ellos debía de creer.

Su único afán era divertirse, pasar unas horas sin inhibiciones, dejándose arrastrar por sus pasiones más bajas y primitivas.

La duquesa Giacomonova y su amigo Gorniev les proporcionaban la diversión por la que secretamente debían de cobrar fuertes sumas. ¿Sabrían todos los que asistían a las horripilantes cenas lo que estaban haciendo?

El comisario Fournier se había dicho que posiblemente algunos permanecerían en la ignorancia, como era el caso de Valery Sachie, una simple comparsa manipulada y utilizada en razón a lo que podía ofrecer, es decir, el placer del sexo.

Seguro que otros si lo sabrían, aunque tenía que ser muy difícil identificarlos tras los antifaces que les ocultaban.

El comisario, un hombre comedido, vomitó toda su feroz rabia contra aquellos criminales que le tenían encadenado.

—¡Si tocan a Anne-Marie, les juro que los aplastaré como a cucarachas! ¡Los llevaré a la guillotina y estaré presente cuando la cuchilla haga saltar sus repugnantes cabezas!

—Comisario, creo que hemos hallado su punto débil —comentó la duquesa, satisfecha—. No le podíamos hacer más daño que utilizar a su hija como víctima escogida para el sacrificio del banquete de asimilación. Por supuesto no tendría grada si usted no estuviera presente. Ya, ya tendrá tiempo para morir…

—¡No lo conseguirán! —rugió el comisario, sabiendo, sin embargo, que él estaba impotente para evitarlo. Y si él no podía impedir que su hija fuera raptada, ¿quién iba a entorpecer el criminal acto, si ni siquiera Anne-Marie, la víctima, estaba avisada de lo que podía ocurrirle?

Aguardaron a que el comisario Fournier dejara de verter sobre ellos sus justificadísimos insultos, sus amenazas que solo

provocaban la burla en quienes le escuchaban. Al fin, ronco ya, se calló y la duquesa se complació en explicarle:

—Mis cocineros orientales son verdaderos maestros de la presentación de los alimentos, pero son mudos, todos ellos mudos, y no podrían contarle a usted los detalles; por eso, será mejor que le dejemos presenciar cómo trabajan. A mucha gente les repugna comer carne humana. Los que más aguantan, al principio sienten náuseas, claro que luego se acostumbran. Yo me habitué en la niñez. Pasé mucha hambre en mi país antes de llegar aquí. Mis progenitores fueron perseguidos por gentes que no les comprendieron. Gorniev, mi gran amigo, me cuidó; fue él quien me daba a comer carne humana. Un día me lo contó y entonces ya estaba acostumbrada.

—¡Es horrible inaudito! —exclamó el comisario ya sin fuerzas, agotado, apoyado contra la pared pétrea» fría y húmeda, a la que estaba encadenado.

—Pasábamos mucha hambre y era más fácil cazar seres humanos que animales. La verdad es que los seres humanos somos más estúpidos cuando estamos prevenidos; los animales siempre recelan, las personas no. Verá como sucede así con su hija, *monsieur* comisario.

—¡No lo conseguirán!

—Quien se habitúa a comer carne humana luego no puede pasar sin ella —aclaró Gorniev—. Muchos de los que acuden a los banquetes no lo saben aún, pero poco a poco se les va diciendo. Se ponen un poco malos a veces, pero después suplican volver a nuestras orgias y pagan muy alto por ser comensales en los banquetes de necrofagia. Se han acostumbrado y es como una droga para ellos.

—Y ustedes han hecho un miserable negocio montando un restaurante de alimentos macabros.

—Al principio hay muchos vicios que repugnan: el alcohol, el tabaco, la droga, pero si se continúa adelante con ellos, se hacen imprescindibles, claro que nadie va a declarar que de vez en cuando necesita saciar su apetito de comer carne humana… —manifestó Gorniev, burlándose del comisario Fournier.

—Pero ¿cómo, cómo se la comen, no era un pastel? Yo sé que son caníbales repugnantes, pero no sé cómo lo hacen.

—Fácil, muy fácil, comisario Fournier. Primero se sirve un paté de foiegras, humano, claro; luego, se sirve la carne en distintas formas y aderezadas con especias de variadas clases, platos muy especiales pero todos a base de carne. ¿No le dice nada eso, comisario?

—¡Dios mío! —exclamó atónito, resbalando contra la pared hasta caer sentado en el suelo.

—Si lo hubiera sabido ames, se hubiera llevado un buen pedazo de carne del guisado para analizarlo y tras determinar que era carne humana, estaríamos roclos arrestados; pero no, usted solo estaba obsesionado con la figura del ataúd, el pastel. No íbamos a servir un cuerpo humano para ser servido de forma tan primitiva, comisario, piense que nuestros comensales son gente importante y selecta de la mejor sociedad. Además, algunos todavía ignoran que están comiendo carne humana y se les ha de comunicar lo que sucede prudentemente para que no enfermen. También tenemos nuestras pequeñas ceremonias individuales para captar comensales viciosos como diría usted. Primero creen que todo es una parodia; se les invita un par de veces más y luego, en privado, se les sugestiona, se les dice la verdad y terminan aceptando sus instintos primitivos. Después, ya no quieren prescindir de los banquetes que se organizan en el palacete de la Gaviota y como sería demasiado burdo sin un ritual adecuado, los tenemos para cada situación.

—No puedo creerlo —musitó hundido el comisario Fournier.

—Pues créalo, solo una dama se suicidó tras conocer lo que había cenado en tres ocasiones —le dijo la duquesa—. Fue una debilidad por su parte. Comerse a un semejante es más natural de lo que muchos suponen. Ha ocurrido, ocurre en el mundo y seguirá ocurriendo.

—Una cosa es la necesidad de supervivir y otra lo que hacen ustedes, la guillotina me parece demasiado piadosa.

—Ninguna ley caerá sobre nosotros. Tenemos fotografías de todos los comensales y de cada una de las noches. Pese a los antifaces, con ampliaciones se puede reconocer a los invitados, y aunque se asombre, hay mucha gente importante que ha cenado y muy a gusto en casa de la Gaviota —se rio la propia duquesa.

—¡Usted, usted es el culpable! Acusó el comisario Fournier mirando a Gorniev con todo el odio de que era capaz.

—¿Yo?

—Sí, usted por alimentar a una niña con carne humana. Usted la degradó, trastornó su mente hasta convertirla en el monstruo que es ahora.

—Gracias a Gorniev, me siento importante, tengo fortuna y seré inmortal.

—¿Inmortal? No irá a creer que devorando a sus semejantes no se va a morir, ¿eh?

—Claro que no moriré, ni siquiera envejeceré. ¿Verdad, Gorniev?

Gorniev alzó sus manos y acarició el rostro de la duquesa Giacomonova, que semejó transfigurarse.

—Claro que no, Gaviota, claro que no. Tu belleza será eterna porque haces todo lo que yo te digo. Asimilas la belleza, la inteligencia, la sexualidad, la fuerza de la juventud… Tu cuerpo no puede envejecer. Es distinto los que solo cenan de vez en cuando y no comen las partes fundamentales de cada una de las víctimas. Tú devoras lo mejor de cada uno, y tu carne, solo la tuya, está cruda, como debe ser. Los demás comen carne humana pero pierde toda su fuerza porque está condimentada. Incluso Laisho se encarga de que el sabor no les parezca extraño. Tú, solo tú serás eterna, porque la comes como debe hacerse, como se ha venido haciendo desde la noche de los tiempos.

—¡Dígale que no es verdad, dígaselo, dígaselo! —gritó el comisario Fournier, revolviéndose.

La duquesa suspiró como extasiada. Cogió las manos de Gorniev y las besó; después se alejó como flotando.

—Gorniev, te espero en mi cámara —le dijo ya tan lejos que estaba a punto de desaparecer.

—Subiré pronto.

—¡Está loca, loca de atar! ¡Usted la ha vuelto loca, usted es el verdadero criminal, ella solo es una demente que hace lo que usted le exige!

Gorniev respiró hondo. Sin mirar al comisario, como recordando tiempos ya huidos, explicó:

—El padre de Carla murió a manos de una turba de villanos, quedó irreconocible. A la madre de Carla la violaron entre varios da

los que siempre habían besado sus pies, pero yo pude atacarles cuando no lo esperaban y la salvé, sacándola por un pasadizo secreto. A la mismísima Carla la hubieran violado también aun siendo una niña. Eran bestias que habían roto las cadenas del control a destelladas. Cerré la puerta principal de palacio y huimos por un pasadizo tras prender fuego a la mansión, creo que varios de los allí encerrados perecieron en el fuego, pero otros se salvaron. No se podía regresar y yo saque adelante a madre e hija en la desesperada huida, pero la madre de Carla, golpeada salvajemente, tenía heridas internas que terminaron con ella meses después. Había ido desmejorando rápidamente y no se pudo salvar, pese a que lo intenté todo, sí, todo. Le prometí que cuidaría de Carla como había cuidado de ella. La hubiera visto, era un mujer hermosísima que no representaba más de veinte años cuando ya tenía sesenta.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué les atacaron?

—¿No se lo imagina…?

—No…

—Se divulgó el rumor de que los duques de Giacomonova, en noches de plenilunio, cenaban carne humana, y como habían desaparecido varias jóvenes…

Echó a andar, dando por terminada la confesión.

—¡Espere, Gorniev, espere!

—¿Qué más quiere, comisario?

—¿Era verdad, era verdad que comían carne humana los padres de Carla?

—Claro que sí. Yo cuidé de ellos porque así se lo prometí que lo haría a los abuelos de Carla. Y a los abuelos, los duques de Giacomonova, también los cuide yo, como había prometido que haría a sus bisabuelos…

—¡No puede ser, no puedo creerlo! ¿Cuántos años tiene usted?

—Yo no tengo edad, comisario, no tengo edad.

Comenzó a reírse mientras se alejaba por el lóbrego sótano dejando encadenado al comisario Fournier, que nada podía hacer por escapar. Ya a distancia, debió de cortar el fluido eléctrico, porque se apagó la luz y se hizo la oscuridad. Al comisario comenzaron a castañetearle los dientes, se había apoderado de él un frío terrible que le hizo encogerse sobre sí mismo.

Lo que no se atrevió a pensar el comisario Fournier era si aquel

frío se debía al crudo invierno que estaba sufriendo o ni terror que se había metido en su cuerpo, en sus huesos, tras escuchar las palabras del enigmático Gorniev.

CAPÍTULO VIII

El motor cambió de ruido y de ritmo.

Lloviznaba ligeramente, la temperatura no estaría por encima de uno o dos grados sobre cero.

El cable de la grúa se tensó y algo chirrió a flor de agua. El mástil de la grúa osciló ligeramente, el automóvil, grande y repleto de agua, se resistía a abandonar el lecho del río.

Anne-Marie y Michel Armé observaban expectantes y preocupados. Cerca había varios hombres importantes de la Policía Judicial, fumando cigarrillos y cuchicheando entre ellos.

A hurtadillas, observaban a Anne-Marie, que se abrigaba en su gabardina blanca debajo de la cual asomaban sus pantalones tejanos que caían sobre unas botas de color marrón claro, ahora sucias por el barro de la orilla donde la tierra estaba reblandecida en exceso por las constantes lluvias de las últimas semanas.

Cuando el nivel del agua mostró un tercio de las ruedas, el automóvil se balanceó al extremo del cable y una de las portezuelas, la que correspondía al asiento del conductor, se abrió violentamente.

Por el hueco que dejó, cayó una gran cantidad de agua que retornó al rio del que fuera arrebatada.

Anne-Marie se estremeció bajo el paraguas que junto a ella sostenía Michel. La joven no pudo mirar impasible cómo se abría la portezuela, tenía la impresión de que por ella iba a aparecer algo desagradable.

El mástil de la grúa giró hacia la derecha y poco después el coche era depositado en la orilla.

Varios agentes de paisano se precipitaron sobre él abriendo el motor y el portamaletas.

Anne-Marie hizo además de acercarse también al coche de su padre, un coche que ella misma había conducido en varias

ocasiones; Michel la contuvo, como pidiéndole que dejara a los hombres de la ley revisar el vehículo recién sacado del rio y que aún escurría agua en abundancia por todos sus resquicios.

Un alto jerarca de la policía, iras oír las explicaciones del comisario del distrito policial que parecía encargarle del caso, hundió las manos en los bolsillos del reversible negro. Con el sombrero bien calado sobre la frente, se acercó a Anne-Marie.

—No hay rastros de que le haya podido ocurrir nada a su padre, *mademoiselle* Fournier.

Michel se arriesgó a preguntar a aquel superior:

—¿Están las llaves puestas en el contacto?

—SS, parece que el coche estaba en marcha al caer al rio. El comisariado correspondiente investigará este asunto. *Mademoiselle*, piense que los coches se roban con demasiada frecuencia y muchos de los accidentes duelen sufrirlos los propios ladrones.

—Mi padre no ha aparecido por casa ni ayer ni hoy —replicó ella sin fuerza, con pesar y malos presentimientos.

—Se le buscará por todas partes.

El comisario que iba a ocuparse del caso y que estaba junto a ellos, explicó:

—Rastrearemos el río palmo a palmo. La portezuela estaba abierta y el cristal bajado, lo que indica que si estaba dentro pudo salir y nadar.

—¿Nadar con ropa de invierno en agua helada? —preguntó Michel.

Los dos jefes de policía miraron a Michel Armé. El más importante de ellos, el que primero se había dirigido a Anne-Marie, preguntó:

—Es usted el agente Armé, ¿verdad?

—Así es.

—¿El agente de confianza del comisario Fournier?

—Creo que gozaba de su confianza.

—Total —ratificó la propia Anne-Marie.

—Póngase a las órdenes del comisario Cartier.

—Sí, será bueno que colabore conmigo —admitió el propio comisario que se iba a ocupar de la búsqueda del desaparecido colega Fournier—. Usted, que por lo visto le conocía bien, podrá darme todas las informaciones sobre lo que llevaba entre manos

mientras se rastrea el rio. —Se volvió hacia Anne-Marie y prometió —: Le encontraremos, *mademoiselle*, descuide.

—¿Muerto?

Tras la pregunta de la muchacha se produjo un tenso silencio.

Anne-Marie dedicó una última mirada al coche de su padre que estaba siendo revisado cuidadosamente y luego dio media vuelta como para marcharse. Unas gotas de agua cayeron sobre la boina oscura con que se tocaba.

—Puede usted acompañarla —dijo el comisario Cartier a Michel Armé, que trató de proteger a la joven con su paraguas al ver que ella se escapaba—. Luego, pásese por mí comisaria.

Michel Armé asintió con la cabeza. En dos encadas largas consiguió ponerse a la altura de Anne-Marie, que avanzaba con las manos hundidas en los bolsillos de la gabardina.

—Creo que no está en el rio —opinó Michel.

—¿Ah, no? ¿Acaso paseando por la orilla? —inquirió ella con sarcasmo, en franco desacuerdo con el comentario que acababa de hacer Michel.

—No lo digo por darte ánimos, pero creo que no está en el rio. —Miró hacia atrás, observando la pendiente—. Tu padre era un hombre muy prudente conduciendo, no hubiera hecho una maniobra semejante como para caer al rio de esa forma. Parece que el coche debía ir a bastante velocidad para haber llegado al lugar donde ha sido encontrado.

—Tu ya has dicho «era» —musitó ella sin dejar de caminar—. Eso indica que lo das por muerto.

Michel quiso rectificar, más se dio cuenta de que hacerlo sería proseguir en su torpeza de expresión.

—Vamos a mí coche.

El limpiaparabrisas comenzó a zumbar para hacer transparente el cristal lleno de gotas que amenazaban convertirse en escarcha por lo heladas que estallan.

El auto rodó sobre la tierra blanda y poco después reafirmaba los neumáticos sobre el asfalto mojado pero duro.

—Podría ser que tu padre se encontrara en problemas en alguna parte y se decidiera a llamar por teléfono a su casa. Sería bueno que estuvieras cerca del aparato, yo también te llamaré allí para irte poniendo al corriente de lo que suceda.

—Eso es condenarme a una torturante espera —protestó ella sin demasiada rebeldía.

—Una de las normas de los sistemas policiales es tener a alguien siempre fijo al pie del teléfono. Nunca se sabe qué llamada puede recibirse. En el caso de la desaparición de tu padre, es posible que él telefonee.

—Lo que prebendes es que me quede en casa quieta, ¿verdad?

Se mantuvo en silencio hasta que Michel Armé detuvo el automóvil frente al edificio en que vivían los Fournier. Se había percatado de que Anne-Marie estaba recelosa y poco dispuesta a dejarse convencer con buenas palabras que tampoco sonaban demasiado convincentes porque era difícil ocultar que todos creían que el comisario Fournier había muerto; sin embargo, al no ser hallado el cadáver, siempre cabía la esperanza de que estuviera con vida y preferían resaltar esta posibilidad aunque entre los funcionarios de la ley se dijeran entre sí que había sido una mala suerte aquella desgracia sufrida por el comisario Fournier. Entre cuchicheos ya se hablaba de quién podía sustituirlo en el comisionado.

Anne-Marie no parecía tener prisa en abandonar el vehículo y al fin pregunto, rompiendo el silencio:

—¿Crees que la desaparición de papá tiene que ver con la duquesa Giacomonova, la Gaviota caníbal?

—No lo sé, decirte otra cosa seria mentirte.

—Pero piensas en ello, ¿verdad?

—Sí, pienso en ello. Tu padre vivía obsesionado por esa mujer y sus cenas necrofágicas. Es posible que siguiera investigándola sin decir nada.

—La muerte de Valery Sachie lo ratifica, ¿no?

—Es difícil todavía poder decir si esa muchacha ha muerto suicidada o asesinada. El dictamen del forense no arroja demasiada luz al respecto, tendrá que decidirlo un juzgado. Pudo cortarse las venas dentro de la bañera, no sería la primera que lo hiciera. No tenía huellas ni señales de haber recibido violencia física.

—Pudo ser narcotizada, ¿no?

—En su organismo no se han encontrado huellas de narcóticos.

—Todos los narcóticos no dejan huellas, por lo menos apreciables.

—Es cierto. Un narcótico inhalado es mucho más difícil de descubrir que otro tomado a través del estómago, donde siempre quedan rastros.

—Yo creo que fue asesinada. Tu olfato detectó el olor del fármaco.

—No es suficiente prueba. Me temo que el juez sentenciará suicidio. Es bastante frecuente entre las chicas que llevan la vida que llevaba Valery.

—Pero ¿no es demasiado significativo que muriera después de ser interrogada por papá?

—Sí, el juez lo tendrá en cuenta, pero puede que ese interrogatorio le incline a pensar aún más en el suicidio. La chica pudo entrar en una fuerte depresión psíquica, a veces ocurre después de un interrogatorio. Hay personas que están cometiendo actos repugnantes, criminales incluso, y no les dan importancia hasta que alguien, un policía, un juez, un psicólogo, le abre los ojos con un interrogatorio. Adquieren de pronto un fuerte sentido de culpabilidad y entran en depresión. Eso ha ocurrido con algunos vendedores ocasionales de drogas a quienes se les ha mostrado a alguna de sus víctimas en el estado en que han quedado.

—Pareces empeñado en contradecirme.

—No es eso, solo trato de que no te agarres demasiado a una idea porque podrías obsesionarte con ella. De todos modos, investigaré a la Gaviota, te lo prometo.

—Gracias. —Le besó en la mejilla—. Estaré esperando tus noticias. Creo firmemente que papá está vivo, si hubiera muerto lo sabría, estoy segura.

Cuando ya en el portal Anne-Marie volvió la cabeza, Michel Armé seguía detenido dentro de su auto aparcado en doble fila.

Tras él, dos coches se impacientaron e hicieron sonar su claxon. La joven, como sintiéndose culpable de la situación, se adentró en el edificio y los cláxones dejaron de sonar porque el coche de Michel Armé reanudó la marcha, dejando vía libre.

Anne-Marie subió al apartamento, que cada día era limpiado por una mujer que no pasaba más de dos horas en la casa, no hacía falta más. Padre e hija eran cuidadosos y salvo desayunos y algunas cenas, ambos solían comer fuera.

Entró en la casa, olfateó el aire. Olía a una clase de tabaco y a

otros olores a los que no estaba habituada, pero se dijo que podía tratarse de alguien que hubiera llegado a reparar algo.

De ello se ocupaba la mujer que cuidaba de la casa y así, de pronto, descubrió una gran caja de cartón en que letras grandes advertían: «CONTIENE LAVADORA AUTOMATICA. MANTENGASE EN PIE». Después, la marca se repetía en distintos puntos de la caja y de tal forma que aunque se inclinara la caja, pese a la advertencia, el nombre siempre podía leerse.

Anne-Marie quedó un tanto sorprendida, no sabía que hubieran pedido otra lavadora automática; después de todo, la que tenían no era tan vieja.

Dedujo que aquel olor distinto de su hogar tenía que deberse a los hombres que habían llevado el voluminoso y pesado paquete, es decir, la caja de cartón conteniendo la lavadora.

Rodeó la caja y se dirigió a la habitación. Abrió la puerta y se encontró ante un rostro desconocido que no le provocó desconfianza en sí mismo, si no en la razón de estar allí.

Pssssss…

El spray la envolvió totalmente. Anne-Marie manoteó al aire, quiso gritar y solo consiguió toser. Poco después, creyó caer dentro de una nube muy espesa que no la dejaba ver. Esa nube acabó introduciéndose en su cerebro y perdió el sentido.

Ni llegó a darse cuenta de su caída, fue como si se hubiese arrojado desde lo alto de un edificio de cien plantas y siempre estuviera cayendo y cayendo sin llegar al cemento que había de reventarla.

—¡Vamos, a la caja con ella!

Los dos mudos de rostro oriental, ayudantes de Laisho, recogieron el cuerpo femenino.

Abrieron la caja de cartón, simple en apariencia pero revestida interiormente de madera para que no cediera. Metieron a Anne-Marie dentro y Pionnier vigiló que no se quedara nada en desorden, que no se notara el paso de los raptores por el apartamento.

—Vámonos —ordenó.

La caja, bien cerrada, fue arrastrada hacia el exterior y metida en el ascensor. La puerta se cerró con suavidad y Pionnier hizo girar la llave que pertenecía al mismísimo comisario Fournier. ¿Quién podía intuir el rapto?

CAPÍTULO IX

De la gran montaña de yeso escayola surgían dos tubitos, uno de los cuales se hallaba conectado a una botella de aire comprimido como las utilizadas por los submarinistas.

Resultaba difícil pensar que debajo de aquella montaña de yeso caliente por su rápido fraguado hubiera algo vivo; sin embargo, el aire salía por uno de los tubos.

El comisario Fournier colgaba de una sola argolla. Las dos cadenas que sujetaban los grilletes que atenazaban sus muñecas estaban metidas en la misma argolla, de tal forma que su posición se hacía muy incómoda, pues se veía imposibilitado de poner sus manos hacia delante.

En su rostro podían verse huellas de golpes, golpes dados con algo contundente, pero el comisario Fournier debía haberse resistido demasiado porque habían acabado metiéndole una esponja dentro de la boca y luego se la habían sellado con esparadrapo extra ancho que le cogía incluso el bigote. Su situación era dolorosa mas se había olvidado de sí mismo y solo estaba pendiente de aquella montaña de escayola.

Se acercaron Laisho y sus dos ayudantes, los enigmáticos y macabros cocineros de la Gaviota antropófaga. Ninguno de ellos se había dirigido al comisario Fournier, que tuvo que presenciar cómo embadurnaban con goteantes pinceles el cuerpo desnudo de Anne-Marie, llenándola de productos oleosos.

Los ojos le habían sido cerrados y taponados los oídos y la boca tras colocarle uno de los tubitos de salida en los labios y otro introducido en la nariz. Este era el que insuflaba el aire que la joven necesitaba para seguir viviendo durante el tiempo, por otra parte escaso, que se necesitaba para sacarle el molde.

Laisho, que se entendía bien con sus ayudantes a base de gestos, se colocó a la cabecera de la montaña de yeso y sacó los tubos de respiración. El comisario Fournier, impotente para hacer nada, se

agitó al extremo de las cadenas. La mordaza le impedía gritar todo lo que le subía por la garganta, ahogándole.

Todo allí se hacía en silencio y más que un trabajo, era una especie de ceremonia satánica.

Acercaron otra mesa rodante; era larga y tenía correas para sujetar a quién se colocara encima de ella.

Laisho comenzó a forcejear con el gran molde de yeso y sus ayudantes, también expertos en aquel trabajo, le ayudaron. No fue fácil arrancar el molde del cuerpo de Anne-Marie que estaba debajo.

El comisario Fournier, que observaba obsesionado, se tranquilizó un tanto al ver que la muchacha respiraba bien al quedar libre del molde.

El molde fue puesto en pie y escrutado por los ojos inquisitivos y expertos de Laisho. Miró luego a la muchacha y dio una orden con la mano, que sus ayudantes se aprestaron a cumplir.

Con una manguera terminada en regadera rociaron todo el cuerpo de la joven que seguía dormida y con los ojos serrados. La pulverizaron abundantemente con algo que podía ser jabón líquido y con unas esponjas de mango la lavaron, desprendiendo de su piel los restos de yeso y los aceites que habían impedido que el yeso se le pegara, no solo a la piel si no también al pelo y al vello de su cuerpo.

Cuando consideraron que estaba bien lavada, la volvieron a rociar abundantemente con agua y debía de estar caliente porque desprendía un fuerte vaho. El agua se escurría por los lados de la mesa y debajo de ella, un sumidero gorgoteaba, tragándosela. Al fin, quedó totalmente lavada.

Le extrajeron los tapones de los oídos y después, con una gran manguera de pliegues, de por lo menos diez pulgadas de ancho y que despedía un gran chorro de aire caliente, la secaron hasta que la piel quedó cálida, limpia y suave.

Laisho dio por terminado el lavado y entre los tres colocaron a la bella muchacha sobre la otra mesa que aguardaba con sus correas de sujeción que iban a colocarle cuando entró Gorniev.

El comisario Fournier miró con odio feroz al hombre que parecía dispuesto a cumplir sus amenazas de sacrificar a Anne-Marie.

—¿Está listo el molde, Laisho?

Laisho asintió con la cabeza y señaló el molde de yeso que

parecía orgulloso. No era fácil sacar el molde de un ser humano, se corrían muchos riesgos, uno de ellos matar a la persona a la que se le sacaba el molde. Otro, que el molde se rompiera o que manos y pies quedaran atrapados por el yeso, de tal forma que luego ya no pudieran sacarse. Para evitar esto, era muy importante la colocación de los miembros. Había que tener un gran conocimiento del esqueleto humano, pues un molde realizado por un inexperto era muy posible que dejara a la persona atrapada en su interior y ya no habría forma de sacárselo» a menos que se tomara un martillo y se empezara a romper el molde, con lo que operación ya no habría servido de nada.

—Bien, bien —aprobó Gorniev—. Esta vez no confeccionarás ningún pastel, con el molde harás una figura de cera. La ceremonia será privada y en vivo, es un capricho muy especial que ha tenido la duquesa. Será un banquete íntimo, claro que sobrarán muchos restos con los que podrá alimentarse nuestro espectador invitado. —Miró a Fournier al que se erizaron los cabellos al escuchar aquello —. Y por supuesto, habrá para los perros. Ellos son los que terminan por asimilar los últimos restos. Los huesos más duros se parten con un martillo y ellos terminan el trabajo con sus mandíbulas, luego, nada.

El comisario Fournier habría saltado sobre Gorniev de no impedírselo las cadenas que se tensaron ante la violenta sacudida.

—Usted quería ver lo que sucede, ¿verdad comisario? Pues, lo verá en la forma más cruda. La duquesa es la come— dora de carne humana más asombrosa que se pueda ver y la verdad es que la belleza y la juventud de su hija le han despertado un especialísimo interés por la muchacha. Ahora, ya nadie podría hacerla desistir de esta cena privada.

* * *

Michel Armé había hundido sus pies en el barro al caminar cerca del larguísimo, casi eterno muro que rodeaba el palacete de la duquesa Giacomonova.

El cielo estaba totalmente encapotado pero no llovía.

Michel sabía que estaba arriesgando mucho; no solo se jugaba la vida sino su carnet de la Policía Judicial. Ningún juez le iba a

perdonar lo que pensaba hacer, pero en aquellos momentos no obraba como policía sino simplemente como hombre.

Por la fachada oeste del muro que circundaba el palacete halló un lugar donde la tierra era abundante, y trepaba por la pared. Sólo tuvo que agarrarse a ella y subir hacia lo alto del muro. Apenas se veía nada.

Saltó al otro lado y se encontró dentro del recinto privado de la duquesa Giacomonova, en los jardines que con sus árboles altos y añosos arropaban el palacete.

Era consciente de que había perros preparados para vigilar la posible entrada de intrusos y él, en aquellos momentos, era un intruso. Esperaba que si alguno de aquellos perros le descubría ladrara antes o por lo menos, gruñera. No deseaba sentir en su garganta, de improviso, las fauces de uno de aquellos feroces animales.

Las ventanas se hallaban sólidamente cerradas. A Michel Armé le pareció estar frente a una fortaleza inexpugnable.

El edificio era de dos plantas, de techos altos y desiguales en el sentido de que el primer piso tenía el techo muchísimo más alto, posiblemente cinco metros, mientras que el segundo seria de solo tres o tres y medio. Después estaba el tejado, con un grado de inclinación muy fuerte, lo que permitía que hubiera una gran buhardilla con varios tragaluces en el tejado.

Después de haber saltado el muro, no podía presentarse en la puerta principal y llamar. Descubrió una furgoneta mientras caminaba pegado a la pared y junto al vehículo había una entrada de carbonera.

Forcejeó con las puertas de la carbonera y estas cedieron. Con sigilo, se metió dentro y volvió a cerrar, congratulándose de que los perros no le hubieran descubierto.

Consigo llevaba una linterna cuya luz sorda iluminó los peldaños descendentes.

Michel Armé se encontró con lo que otrora fuera una carbonera y que ahora almacenaba un depósito de grandes dimensiones que podía contener *fuel-oil* para la calefacción.

También descubrió una gran caja de cartón que debía haber sido utilizada para transportar una lavadora automática. Michel abandonó aquella estancia dirigiéndose a un corredor largo y

lóbrego. Se mantuvo atento pero hasta sus oídos no llegó ningún ruido que delatara una presencia humana.

Llegó hasta una estancia amplia en la que descubrió una mesa larga. En pie, contra la pared, había un molde de yeso que atrajo su atención. Se acercó a examinarlo, lo tocó con los dedos y comprobó que el yeso todavía conservaba calor y que aun estando fraguado se hallaba húmedo, por lo que cabía pensar que era muy reciente.

Tuvo un escalofrío, no le cupo duda de a quién correspondía aquel molde de yeso. La figura era obviamente femenina.

Abandonó el lugar y subió por una escalera que le condujo a una sala que debía utilizarse en los grandes banquetes para distribución de servidumbre. De allí, escuchando ya música de órgano, apagó la linterna y cautelosamente se acercó a la puerta que daba a un corredor. Al final, otra puerta daba al gran salón de banquetes y de él provenía la música de órgano posiblemente grabada en cinta magnetofónica, lo mismo que otros sonidos como los inquietantes chillidos de los murciélagos.

Descubrió entonces la ceremonia macabra.

Cuatro cirios rojos eran la única iluminación del salón y entre ellos estaba el ataúd donde yacía Anne-Marie quieta, como dormida, pero respirando.

Junto a la escalera, al final de la gran baranda, estaba encadenado el comisario Fournier con la boca tapada por el ancho esparadrapo.

Lo más diabólico de todo era la duquesa Carla Giacomo— nova, vestida con una gran capa blanca a la que había adheridas gran cantidad de plumas.

Su rostro estaba cubierto por una máscara que simulaba la cabeza de un pájaro, concretamente una diabólica gaviota con pico de afilado acero.

La duquesa evolucionaba en torno al ataúd como si volara, era una danza que tenía mucho de satánica.

No muy lejos de ella estaba Gorniev, quieto. De cuando en cuando, gruñía palabras ininteligibles. Desde donde estaba, Michel Arme no vio a nadie más, por lo que tras palparse el costado donde llevaba una pistola, avanzó decidido hacia el centro de la estancia.

—¡Basta ya de rituales satánicos!

Su voz fuerte, bien timbrada, se oyó claramente por encima de

la obsesiva música de órgano que todo lo invadía, haciéndolo más alucinante si cabe.

—¿Quién es usted? —preguntó Gorniev, sorprendido por la inesperada aparición.

—¡La ley!

La Gaviota, con los ojos chispeando malignidad, chilló de pronto de una forma espeluznante, una forma que sobre cogía, arrancando a Anne-Marie de sus sueños dentro del ataúd.

Esta comenzó a parpadear y a mover la cabeza sin comprender lo que le estaba ocurriendo, sin recordar nada.

La Gaviota, con una velocidad increíble, se lanzó como si volara sobre Michel Armé, aunque en realidad corría. El policía, sabiendo que era la duquesa Giacomonova, no se asustó, creyéndose en clara superioridad física.

Más, se llevó una desagradable sorpresa. Detuvo a la Gaviota por los brazos y cuando ella comenzó a lanzarle picotazos, apartó el rostro, pero notó como una quemadura en el cuello por dónde comenzó a brotar la sangre.

Michel se dijo que aquel pico era un verdadero puñal y trató de apartarlo con la mano, pero recibió un picotazo en ella haciéndole otra herida por la que también brotó sangre.

Se puso de costado tratando de esquivar los siguientes picotazos, comprendiendo ya que no podía coger el pico con la mano porque estaba afilado por ambos lados. Ella le asestó varios picotazos en los brazos, consiguiendo traspasar la ropa.

Se sintió como aturdido ante tanta violencia por parte de la duquesa a la que había subestimado en su feroz ataque.

Anne-Marie se incorporó y, al verse dentro de un ataúd y viendo también la lucha de la Gaviota contra Michel, se aterrorizó tanto que lanzó un alarido que sorprendió a la propia Gaviota. Michel aprovechó para darle un violento empujón que la derribó contra el suelo.

—¡Anne-Marie, salde ahí dentro! —le gritó.

La joven salió del féretro dándose cuenta entonces de su total desnudez, lo que no pareció importarle mucho pese al frío.

Gorniev no presentó pelea; no hicieron lo mismo Laisho y sus dos ayudantes que aparecieron armados de cuchillos.

Michel empuñó la pistola y apuntó al grupo. Laisho se lanzó

contra él abriendo la boca como si lanzara un terrorífico grito de lucha, aunque solo brotó de su boca un gruñido raro y desagradable.

Al ver que el cuchillo se le venía encima, Michel hizo fuego repetidamente contra él, pero Laisho semejaba encajar las balas como si no le hicieran mella y hasta que el cuarto proyectil no penetró en su cuerpo no cayó de bruces al suelo. Sin embargo, la hoja de su cuchillo rozó la ropa de Michel Armé, que cubría la huida de Anne-Marie.

Los ayudantes de Laisho se fueron aproximando lentamente.

—¡No os acerquéis o tendré que disparar contra vosotros! —les advirtió.

—¿Cuántas balas te quedan? —le preguntó Gorniev—. ¿Tres?

—¡Dispararé contra quien haga falta!

—¡Papá! —gritó Anne-Marie, descubriéndole de pronto en la semioscuridad de la escalera.

Inmediatamente le libró del esparadrapo que le tapaba la boca y de la esponja que tenía dentro de ella.

—¡Huid, huid, son diabólicos, huid! —barbotó el comisario.

Mientras, la Gaviota se había quedado quieta, expectante, como anonadada por la muerte de Laisho.

Sus ojos, ahora más propios de una gaviota rapaz y caníbal que de un ser humano, vigilaban a Anne-Marie, a Michel y al comisario. Bruscamente, volvió a chillar de aquella forma que espeluznaba, lanzándose contra ellos.

Gorniev, percatándose de lo que podía ocurrir, gritó a los dos ayudantes de Laisho que seguían armados de cuchillos:

—¡Atacadles, atacadles, rápido!

Aquellos dos hombres, despreciando a la muerte, se adelantaron en su carrera a la Gaviota. En realidad, lo que había pretendido Gorniev era que con su cuerpo ambos cubrieran a la mujer, evitando así que las balas que disparaba Michel Armé pudieran alcanzarla a ella.

Michel no dudó en disparar contra los atacantes que obedecían órdenes suicidas de una forma tan fantástica.

Uno cayó pronto con dos balazos. El otro estaba llegando ya Hacia Michel y este, consciente de que solo le quedaba una bala, aguardó hasta estar seguro de que daría en el blanco.

Como policía, jamás disparaba a matar, pero en aquellos momentos no tuvo otra solución que colocar el plomo entre las dos cejas de aquel asesino sumiso a las órdenes de Gorniev que se derrumbó como fulminado por un rayo. Una bala había bastado.

La Gaviota llegaba ya sobre ellos como volando, ciega de ira, de ferocidad.

—¡Dios mío! —gimió Anne-Marie.

Michel aguantó la embestida y al llegar a su altura, la esquivó; pero la duquesa parecía saber muy bien lo que hacía y pasando junto a Michel, llegó frente al comisario e incrustó su mortífero pico en el pecho del viejo Fournier, a la altura del corazón.

El comisario lanzó un grito terrible, abriendo mucho la boca. Se desplomó mientras la Gaviota retiraba su pico, lo que hacía pensar que además de tener el pico afiladísimo como una cuchilla de afeitar llevaba aquella máscara muy bien sujeta a la cabeza.

Michel la agarró por un brazo. Bruscamente, antes de que volviera a producirle heridas, la volteó. La lanzó contra el ataúd, derribándose dos de las velas que prendieron en las plumas de aquel traje que pretendía parecerse al plumaje de una gaviota.

Ella se incorporó junto al ataúd, se vio arder y reptó sobre el ataúd. Desde él se lanzó como buscando la facultad de volar para caer sobre Michel, pero su salto no fue tan largo como ella deseaba y cayó a los pies de un cortinaje mientras el fuego la envolvía más y más, un fuego que prendió en los cortinajes, propagándose con rapidez.

—¡Quieto dónde está! —ordenó una voz inesperada desde lo alto de la escalinata que daba al gran salón.

El abogado Pionnier bajaba con una pistola en la mano mientras el fuego crecía y el humo espeso comenzaba a invadirlo todo sin posibilidad de escapar, ya que todas las ventanas estaban cerradas.

Anne-Marie se apretó contra Michel; Pionnier descendía lentamente.

—Si quiere hacer algo, dispare contra ella y le ahorrará el sufrimiento de la muerte por quemaduras.

Pionnier miró a la Gaviota que se revolcaba por el suelo, propagando el fuego con su propio cuerpo mientras chillaba desesperadamente.

Era un espectáculo alucinador ver a aquella mujer-pájaro

agonizando envuelta en fuego, rebelándose contra la horrible muerte.

Pionnier, posiblemente enamorado a su manera como Gorniev de aquella monstruosa mujer, apuntó hacia ella, vacilándole la mano. Al fin, comenzó a disparar y como incapaz de detener su dedo en el gatillo, continuó disparando incluso después de que se consumieran las balas.

Anne-Marie tosía fuertemente a causa del humo y la Gaviota había quedado quieta mientras las llamas se consumían a su alrededor.

De pronto, un gran cuadro, inflamado por el fuego, se desprendió de su colgadura y cayó sobre ella, ocultándola. El incendió prosiguió.

—¡Hay que salir de aquí! —apremió a Anne-Marie, quitándose su tabardo y envolviéndola con él.

En medio del humo, buscaron a Gorniev, pero era como si se lo hubiera tragado la tierra, no aparecía por parte alguna. La pareja corrió hacia la puerta, abriéndola y buscando ansiosamente el aire del exterior.

Pronto aparecieron los glandes perros ladrando contra ellos. Michel, ya sin balas en su pistola, retrocedió, volviendo a cerrar la puerta y escapando así a la ferocidad de las dentelladas.

—¡Se va a quemar todo!

—No te preocupes, el portero llamará a los bomberos —le dijo Michel.

—¿Qué haremos?

—Ven, vamos por dónde yo he entrado.

—Y papá?

—Está muerto.

—¡No quiero que se quede aquí, no quiero, me quedaré con él!

Michel fue hasta él y forcejeó con los grilletes hasta descubrir los tornillos mientras los ojos le lloraban a causa del irritante humo.

Liberó de los grilletes al cadáver del comisario Fournier y cargándoselo al hombro, emprendió la huida sorteando el fuego.

Regresó al sótano por el que había entrado. De él pasó a la carbonera y de ella a la furgoneta que, por suerte, tenía las llaves puestas. Puso el cadáver dentro y ellos subieron delante. Dio al contacto y la puso en marcha, haciéndola retroceder.

Rodeó el palacete que no daba muestras de estar incendiado en su interior y rodó rápido hacia la salida, al llegar a la puerta, comenzó a tocar el claxon. Los perros continuaban ladrando frente a la entrada principal.

—¡Ya voy, ya voy!

Michel, con la pistola descargada, asomó por la ventanilla del vehículo y apuntó al portero-vigilante, conminándole:

—¡Abre la puerta o te mato aquí mismo!

—Eh, pero, ¿quién…?

—¡Abre o te mato!

Los perros, atraídos por el ruido de la furgoneta, corrieron hacia ella por el ancho camino que conducía al palacete. Llegaban como lo que eran, rieras ansiosas de matar. El portero, ante la amenaza, abrió la verja y ya con la salida libre, Michel gritó:

—¡Llama a los bomberos, rápido, el palacete está ardiendo por dentro!

Pisó el acelerador a fondo y abandonó aquel siniestro lugar en el que horas más tarde, tras apagar el fuego y evitar su total destrucción, se descubría una sala en la que había más de dos docenas de figuras de cera entre hombres y mujeres, todas ellas desnudas y metidas en sus respectivos ataúdes.

Por ellas, la policía pudo conocer cuál había sido el destino de muchas personas que se habían dado por desaparecidas, aunque lo que les había sucedido no se pudo demostrar jamás. Tampoco se pudieron encontrar las fotografías que implicaban a mucha gente importante aficionada a la necrofagia.

Cuando llegaron los bomberos, el despacho había ardido totalmente con sus archivos, con sus libros, con sus escritos, y parecía incongruente que hubiera sido así, ya que el fuego del salón no había llegado a rebasar el umbral del propio despacho.

Se buscó al enigmático Gorniev y no se supo nada más de él, era como si la tierra se lo hubiera tragado o lo hubiese devorado alguna otra maligna, satánica y carnicera gaviota humana.

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 100 Pts